

The book cover features a dark green background. A central vertical element is a wooden pencil with a green vine wrapped around it. To the left and right of the pencil are green leaves and a white line-art drawing of wings. The text is in white, with the title in a large, bold font.

Cuando las raíces SON ALAS

Del carisma a las
buenas prácticas.

Carmen Sallés

Francesc Torralba i Roselló

Francesc Torralba i Roselló nació en Barcelona el 15 de mayo de 1967. Estudió filosofía en la Universidad de Barcelona y Teología en la Facultad de Teología de Cataluña. Terminó la licenciatura en Filosofía en 1990 recibiendo Premio Extraordinario de Licenciatura al mejor expediente académico. Amplió estudios en la Universidad de Copenhague.

A lo largo de su trayectoria profesional ha recibido muchos premios y ha publicado más de 80 libros sobre temas muy variados especialmente de filosofía y educación.

En la actualidad es profesor de la Universidad Ramon Llull de Barcelona e imparte cursos en otras Universidades de España y Sudamérica. Ha sido nombrado por Benedicto XVI consultor del Consejo Pontificio de la Cultura de la Santa Sede.

En sus escritos destaca que educar es construir a la persona, avivar su deseo de perfección, de excelencia en todos los sentidos.

CUANDO LAS RAÍCES SON ALAS.
DEL CARISMA
A LAS BUENAS PRÁCTICAS.

Francesc Torralba Roselló

Prólogo	5
Presentación	7
1. Atmósfera cultural	9
1. 1. Todo lo sólido se deshace	9
1. 2. La crisis como oportunidad	11
2. Las raíces del carisma	15
2. 1. Primera intuición: La conquista de la felicidad	16
2. 2. Segunda intuición: La misión es cuidar de la niñez	17
2. 3. Tercera intuición: La búsqueda de la unidad	19
2. 4. Cuarta intuición: Crear una esfera de acogida	20
2. 5. Quinta intuición: Llamados a dar lo que somos	22
2. 6. Sexta intuición: Una formación integral y equilibrada	24
2. 7. Séptima intuición: La ejemplaridad es decisiva	27
2. 8. Octava intuición: La esperanza puesta en el futuro	30
3. Principios carismáticos	33
3. 1. Amor	34
3. 2. Vida	35
3. 3. Belleza	36
3. 4. Libertad	37
3. 5. Verdad	38
3. 6. Apertura a la trascendencia	39
3. 7. Sentido de pertenencia	41
3. 8. Apertura a la diversidad	42
3. 9. Solidaridad	43
3.10. Profesionalidad	44
4. Evangelizar a través de la educación	45
5. Buenas prácticas educativas	49
5. 1. El educando	49
5. 2. El educador	51
5. 3. El tutor	53
6. Funciones directivas	57
6. 1. El valor de la coherencia	57
6. 2. Liderar es servir	58
6. 3. Entornos en transformación	59
Bibliografía	61

El objetivo que nos proponemos en esta monografía consiste en presentar el carisma educativo de Carmen Sallés (1848-1911) y su traducción práctica en el escenario cultural, social, religioso y económico actual.

Desde la fundación de la congregación concepcionista, el mundo se ha transformado vertiginosamente y, especialmente, el ámbito de las instituciones educativas. Sin embargo, estamos convencidos que las intuiciones fundamentales del carisma educativo de Carmen Sallés predisponen a la institución para enfrentar, con solvencia y audacia, los grandes retos de futuro.

En la actualidad, los ciudadanos exigen el valor de la transparencia a las instituciones. Reivindican coherencia y fidelidad a los principios institucionales y cuando observan que esta coherencia brilla por su ausencia, las instituciones, sean educativas, sociales, políticas o religiosas, pierden credibilidad. Esto exige una profunda reflexión sobre la misión, la visión y los valores carismáticos de la institución y, especialmente, sobre los modos de traducirlos y encarnarlos en contextos mutantes y acelerados como los que nos toca vivir.

Esta labor reclama un trabajo de *aggiornamento*, para emplear la misma expresión que se utilizó en el Concilio Vaticano II, una puesta al día de los contenidos, las formas, las intuiciones originarias, con el objetivo que el carisma sea irradiado de un modo inteligible al ciudadano actual.

Nos proponemos, pues, llevar a cabo una traducción secular de expresiones religiosas, lo cual exige, por un lado, una labor de análisis de los fundamentos, la historia y la riqueza intangible del carisma y, por otro, un trabajo de aplicación, de concreción de tal carisma considerando los contextos, los sistemas y los actores contemporáneos.

Sumar y crecer: he aquí el objetivo. Estamos convencidos del valor del carisma, por ello, nuestra misión consiste en irradiar el modelo educativo que deriva de él con el entusiasmo. Esta tarea, en la actualidad, se debe desarrollar desde la misión compartida, una misión donde se debe aportar la vivencia y la experiencia de la vida consagrada, pero también, la vivencia y la experiencia de la vocación laical.

El Papa Francisco, a lo largo de su fecundo magisterio, nos exhorta a ser creativos, a ser audaces, a salir de las propias fronteras para llegar a las

periferias del mundo y de la existencia. El carisma concepcionista está en plena sintonía con esta intuición. De hecho, la misma articulación histórica del carisma expresa este fin: llevar la educación a los colectivos más vulnerables y menos atendidos de la sociedad para mejorar significativamente sus vidas.

Nuestro objetivo, en esta monografía, no consiste en presentar la historia de la congregación y el desarrollo del carisma a lo largo de los dos últimos siglos. Existen excelentes trabajos sobre esta temática, monografías de María Asunción Valls Salip que recogemos en la bibliografía. Nuestra pretensión se mueve en otro terreno. Pretendemos traducir en un lenguaje significativo el carisma fundacional, expresar las intuiciones básicas de Carmen Sallés de un modo pedagógico con el fin de que pueda inspirar prácticas educativas afines al carisma fundacional y, de este modo, preservar la coherencia institucional y la fidelidad histórica a los orígenes.

Agradecemos la confianza depositada en nuestra persona y esperamos que esta aportación sea fecunda para toda la familia concepcionista. Ser cristiano significa tener la audacia de ser sal y luz en el mundo. Educar desde esta clave sólo es posible asumiendo una determinada antropología y orientándose a determinados fines.

Inspirados en el carisma concepcionista, nos proponemos explorar esta antropología latente y los fines que se derivan de las bellas intuiciones de Carmen Sallés.

Barcelona, 2 de mayo de 2016

“Educar: el arte de bendecir”

Recomendaba Sta. Carmen Sallés velar junto a las niñas, día tras día, con premura por el poco tiempo de que disponían para una obra tan delicada.

“Decir bien”, y “hacer mejor” favorece la vida, la confianza, el progreso, -repite incansable el papa Francisco-.

Agradecer recuerda el ‘buen nacer’ de nuestro refranero.

Y al presentar estas páginas con sabor añejo y renovada savia, agradecemos al autor D. Francesc Torralba su reflexión.

¡Qué bien ha mirado hacia Carmen Sallés! quien intuyó un camino y lo fue desbrozando; ¡qué certera su lectura del hoy! con ojos abiertos; ¡cómo nos anima a arriesgar o intuir el mañana de una herencia recibida!

Agradecemos la traducción del Carisma recibido en el siglo XIX, de una manera inteligible para educar ciudadanos del siglo XXI, con coherencia y fidelidad. Nos distancian dos siglos de vertiginosos cambios. Hay valores que permanecen y este libro nos ayuda a desvelarlos, con el tacto de María Inmaculada, quien educa a sus hijos, de cada siglo y cultura.

Aspiración desafiante en un hoy convulso, conscientes de que ‘ayer ya no es’ aunque siempre nos inspira y ‘mañana llegará’, con colores mezclados, si nos entregamos a la tarea de educar, con humilde confianza y generosa pasión.

Deseo ardientemente que este libro confirme nuestra visión, amplíe el horizonte, inquiete la tarea de todos los educadores concepcionistas, repartidos e interconectados por el mundo.

Cuidando a los niños y jóvenes, vulnerables, y con especial atención a los más pobres de entre ellos, acogemos la herencia de evangelizar educando y respondemos proféticamente a la llamada del Maestro. De esta manera, nuestra tierra, se convierte en tierra de bendición, que da fruto. Así se logra el objetivo de sumar y crecer que el autor pretende.

Anhelo igualmente, en esta ocasión, que los padres se acerquen a esta fuente. Les acompañamos en su ardua y hermosa tarea educativa, porque

necesitan afrontar con lucidez el crecimiento de sus hijos, ciudadanos del mundo y amigos de Dios. En estas páginas pueden encontrar interrogantes y respuestas, y aún me atrevo a decir, no sólo leer, convendrá interiorizar, comentar, agradecer...

Hoy 'no conviene hacer solos lo que podemos hacer juntos'.

M. M^a Isabel Moraza

Superiora general.

1. *Atmósfera cultural*

La traducción del carisma en el conjunto de la institución requiere del conocimiento del contexto. A lo largo de los dos últimos siglos, el mundo ha experimentado una profunda transformación y, particularmente, el sector educativo y social. A la hora de reflexionar sobre *cómo* traducir el carisma concepcionista en el nuevo contexto cultural en el que nos hallamos, resulta esencial abordar algunos rasgos de nuestra atmósfera social y cultural.

Sin la pretensión de ser exhaustivos, ofrecemos algunas características de nuestra época siguiendo las reflexiones del Papa Francisco. Partimos de la convicción que el carisma concepcionista, inspirado en la vida, en la obra y en las palabras de Carmen Sallés, tiene valor en sí mismo, constituye un tesoro intangible que, en cada contexto, se debe poder aclimatar y presentar del modo más creativo para poder ser sal y luz en el mundo.

1. 1. *TODO LO SÓLIDO SE DESHACE*

Siendo Cardenal y Arzobispo de Buenos Aires, Jorge Mario Bergoglio, se refiere a nuestra época como un tiempo caracterizado por el cambio y por la transformación.

En el año 2008, decía: “Lo que estamos viviendo es un ‘cambio epocal’, lo que está aconteciendo es que cambia precisamente esa matriz. Los cambios ‘no se refieren a los múltiples sentidos parciales que cada uno puede encontrar en las acciones cotidianas que realiza, sino al sentido que da unidad a todo lo que existe.

Lo propio del ‘cambio de época’ es que ya las cosas no están en su sitio. Lo que antes servía para explicar el mundo, las relaciones, el bien y el mal, ya parece que no funciona más. La manera de ubicarnos en la historia cambió”¹.

Este diagnóstico coincide plenamente con el de los grandes analistas del presente. Los cambios y transformaciones que están teniendo lugar en

¹ Palabras del Sr. Arzobispo de Buenos Aires, Cardenal Jorge Mario Bergoglio, en la Primera Reunión del Consejo Presbiteral del 2008.

nuestro mundo no son de carácter accidental o epidérmico, sino cambios trascendentales que inauguran una historia nueva, nuevos hábitos, nuevas formas de relación, de interacción, de producción y de consumo. Las antiguas estructuras y costumbres se están deshaciendo y emergen nuevas propuestas.

En este contexto de cambio sustantivo que vive nuestra época en todas las esferas de la vida, la dimensión educativa y escolar no permanece al margen, tampoco la vida y el gobierno de la Iglesia. En una época de tales características, se impone la tarea de pensar qué cambios deben tener lugar en la comunidad educativa para que ésta pueda ser significativa y creíble en una sociedad tan convulsa como la nuestra.

“Cosas que pensamos que nunca iban a pasar, o que por lo menos no las íbamos a ver, -afirma Jorge Mario Bergoglio- las estamos viviendo y delante del futuro no nos animamos ni siquiera a pensar. Probablemente lo que nos parecía normal de la familia, la Iglesia, la sociedad y el mundo, parecería que ya no volverá a ser de ese modo. Lo que vivimos no es algo que ilusoriamente tenemos que esperar que pase para que las cosas vuelvan a ser como siempre fueron”².

Los cambios que estamos padeciendo contienen tanta hondura y gravedad que emergen realidades nuevas que ni siquiera podíamos imaginar tiempo atrás. Las viejas estructuras sociales, económicas y familiares entran en crisis. También en el terreno educativo emergen propuestas muy innovadoras, proyectos pioneros que desafían el modo tradicional de relación entre educador y educando.

Lo sólido se deshace. Emerge algo líquido que todavía no tiene cuerpo, ni solidez, pero se debe estar muy atento a lo que nace. La comunidad educativa tiene la misión de arraigarse a cada contexto, de estar presente significativamente en cada época, pero para ello debe poder codificar los cambios y evaluarlos.

El Papa Francisco no interpreta esta época de cambio como el final de la historia, tampoco como la anticipación del fin de los tiempos. No es un apocalíptico, pero tampoco un integrado, para decirlo con la famosa expresión de Umberto Eco. La esperanza anima y da forma a su pensamiento. Se adentra en el cambio de época y en la crisis de sistema que

² *Ibidem*.

está teniendo lugar con actitud confiada, pero su diagnóstico no es inocente, ni pueril.

La crisis que padece nuestro mundo trasciende lo económico y lo social, también lo cultural y educativo, pues ésta es una crisis antropológica, que afecta la misma concepción del ser humano, su naturaleza, su razón de ser, el sentido de su existencia. La imagen tradicional del hombre se hace añicos, pero también su lugar en el mundo y el sentido de su existencia. La crisis es una oportunidad, una ocasión para pensar, de nuevo, lo esencial de la doctrina cristiana y lo que ésta puede aportar en este nuevo mundo que está naciendo.

En el discurso a *Centesimus Annus Pro Pontifice* del día 25 de mayo de 2013, dice el Papa Francisco: “La crisis actual no es sólo económica y financiera, sino que hunde las raíces en una crisis ética y antropológica. Seguir los ídolos del poder, del beneficio, del dinero, por encima del valor de la persona humana, se ha convertido en norma fundamental de funcionamiento y criterio decisivo de organización. Se ha olvidado y se olvida aún hoy que por encima de los asuntos de la lógica y de los parámetros de mercado está el ser humano, y hay algo que se debe al hombre en cuanto hombre, en virtud de su dignidad profunda: ofrecerle la posibilidad de vivir dignamente y participar activamente en el bien común”³.

1. 2. LA CRISIS COMO OPORTUNIDAD

En este contexto, es fundamental volver a la centralidad de la persona, a una visión más ética de la actividad y de las relaciones humanas.

“Es una crisis -dice Jorge Mario Bergoglio- que se refiere al presente y al futuro histórico, existencial del hombre en esta civilización occidental nuestra, y que acaba además por afectar al mundo entero. Y cuando digo crisis no pienso en una tragedia. Los chinos, cuando quieren escribir la palabra *crisis*, la escriben con dos caracteres: el carácter del peligro y el carácter de la oportunidad. Cuando hablamos de crisis, hablamos de peligros, pero también de oportunidades. Este es el sentido en que utilizo la

³ Discurso del Santo Padre Francisco a *Centesimus Annus Pro Pontifice* el día 25 de mayo del 2013.

palabra. Ciertamente, cada época de la historia lleva en sí elementos críticos, pero, al menos en los últimos cuatro siglos, no se han visto tan sacudidas las certezas fundamentales que constituyen la vida de los seres humanos como en nuestra época. Pienso en el deterioro del medio ambiente: esto es peligroso, pensemos un poco adelante, en la guerra del agua, que viene; en los desequilibrios sociales; en el terrible poder de las armas -hemos hablado de ello tanto en estos días; en el sistema económico-financiero, que tiene en el centro no al hombre, sino el dinero, el dios dinero; en el desarrollo y en el peso de los medios de información, con toda su positividad de comunicación, de transporte. Es un cambio que se refiere al modo mismo en que la humanidad lleva adelante su existencia en el mundo”⁴.

Como indica en otras reflexiones anteriores, el Papa Francisco no concibe la crisis que sufrimos como un proceso de decadencia, como una lenta agonía. La interpreta como un momento de cambio, de sufrimiento y de oportunidad, como un fenómeno que afecta al conjunto de la humanidad y que representa la ocasión para reflexionar, a fondo, sobre lo que realmente es esencial, sobre lo que jamás teníamos que haber olvidado.

“Frente a esta realidad -se pregunta el Papa Francisco-, ¿cuáles son las reacciones? Volvamos a los dos discípulos de Emaús: desilusionados ante la muerte de Jesús, se muestran resignados y buscan huir de la realidad, dejan Jerusalén. Las mismas actitudes las podemos leer también en este momento histórico. Frente a la crisis puede haber *resignación*, pesimismo hacia toda posibilidad de eficaz intervención. En cierto sentido es un «lavarse las manos» de la dinámica misma del actual recodo histórico, denunciando sus aspectos más negativos con una mentalidad semejante a aquel movimiento espiritual y teológico del siglo II después de Cristo que se denominó «apocalíptico». Nosotros tenemos la tentación, pensar en clave apocalíptica”⁵.

Frente a la postura apocalíptica, es necesario defender una actitud esperanzada. “Esta concepción pesimista de la libertad humana y de los procesos históricos -dice- lleva a una especie de parálisis de la inteligencia y de la voluntad. La desilusión lleva también a una especie de fuga, a buscar «islas» o momentos de tregua. Es algo parecido a la actitud de Pilatos, el

4 Discurso del Santo Padre. Encuentro con el mundo de la cultura. Aula Magna de la Facultad de Teología de Cerdeña, Cagliari, 22 de septiembre del 2013.

5 *Ibidem*.

«lavarse las manos». Una actitud que se presenta «pragmática», pero que de hecho ignora el grito de justicia, de humanidad y de responsabilidad social y lleva al individualismo, a la hipocresía o a una especie de cinismo. Esta es la tentación que nosotros tenemos delante, si vamos por este camino de la desilusión o de la decepción”.

Frente a la resignación, frente a la moral de derrota, al “no hay nada que hacer”, a la salida pragmática y acomodaticia, es fundamental vencer la desilusión, a superar el desánimo a través de la fuerza de la esperanza.

Como toda crisis, la presente, también acarrea sufrimiento, tensión y angustia, pero tenemos que leerla como la preparación de algo nuevo y distinto, de un nuevo paradigma, de un nuevo modelo económico, ecológico, social, educativo.

La crisis es un *kairós* oportuno para discernir, separar, distinguir lo esencial de lo accidental, lo que realmente cuenta de lo que es superficial, lo que debemos salvaguardar cuando todo se conmueve y chirría.

“Cada crisis -concluye el Papa Francisco-, también la actual, es un paso, un trabajo de parto que comporta fatiga, dificultad, sufrimiento, pero que lleva en sí el horizonte de la vida, de una renovación, lleva la fuerza de la esperanza. Y ésta no es una crisis de «cambio»: es una crisis de «cambio de época». Es una época, la que cambia. No son cambios de época superficiales”⁶.

“La crisis -añade- puede transformarse en momento de purificación y de replanteamiento de nuestros modelos económico-sociales y de una cierta concepción del progreso que ha alimentado ilusiones, para recuperar lo humano en todas sus dimensiones. El discernimiento no es ciego, ni improvisado: se realiza sobre la base de criterios éticos y espirituales, implica interrogarse sobre lo que es bueno, la referencia a los valores propios de una visión del hombre y del mundo, una visión de la persona en todas sus dimensiones, sobre todo en la espiritual, trascendente; no se puede considerar jamás a la persona como «material humano». Ésta es tal vez la propuesta oculta del funcionalismo”⁷.

La crisis es, pues, una ocasión para discernir el rol y el lugar de la persona en la economía, en la sociedad y en la naturaleza, para defender la

6 *Ibidem*.

7 *Ibidem*.

centralidad del ser humano y su inherente dignidad frente a ideologías, sistemas económicos, sociales, educativos o filosóficos que la reducen a simple material.

La crisis suscita un estado de ánimo caracterizado por el desencanto que, a su vez, como reacción, activa distintas formas de encantamiento. Los encantamientos son mecanismos de evasión frente al desencanto y no poseen ningún vector escatológico. Lo propio de la crisis es la desesperanza respecto al futuro. No se percibe horizonte de plenitud, ni un posible destello de luz. Frente a ello, como mecanismo de defensa frente a la desesperación, la antítesis de la esperanza, sólo cabe encantarse en realidades del presente.

2. Las raíces del carisma

Partimos de la imagen del árbol. En el árbol existe una dimensión visible, integrada por el tronco, las ramas, las hojas y los frutos, pero también existe una dimensión invisible, oculta bajo la tierra, que es la más fundamental, a saber, las raíces. Sin raíces, el árbol no se sostiene. Si las raíces son superficiales, cuando acecha el viento, el árbol se tambalea y, finalmente, se cae. Sin embargo, cuando las raíces son profundas, el árbol se sostiene y puede aguantar todo tipo de contrariedades y de adversidades.

El desarrollo del carisma concepcionista y su irradiación en distintos países del mundo no es una casualidad. Lo que está bien arraigado se sostiene y se eleva, crece y da fruto. En contextos de cultura líquida, de fragmentación y de disolución de lo sólido, resulta esencial ahondar en las raíces del propio carisma, en la fuente originaria, pues sólo, de este modo, es posible sumar complicidades, crecer en extensión y en intensidad.

En una de las conclusiones del XV Capítulo General se puede leer: “La vida empuja desde dentro donde el Espíritu se hace fuente, y las fuentes nos transmiten vida. Repensarnos desde las fuentes, significa repensarnos desde la interioridad, desde las raíces, desde la mística, desde lo que subyace en la vida de cada una y en la vida de la Congregación. Es bueno reflexionar y preguntarnos: de las fuentes de nuestra tradición congregacional, ¿cuáles hay que fortalecer y cuáles hay que rescatar para inspirar el camino personal y congregacional de los próximos años?”⁸.

La identidad de una institución está íntimamente relacionada con la memoria. Quien pierde memoria, pierde identidad. Quien se olvida de sus raíces, no es capaz de responder a la pregunta por su identidad. Una comunidad educativa sobrevive en la historia cuando es capaz de rememorar sus orígenes y de agradecer a las fuentes creadoras su existencia.

Las alas permiten a las aves volar, elevarse, cruzar cielos y vislumbrar asombrosos paisajes. Las raíces del carisma se transforman en alas cuando, además de sostener enteramente al árbol, permiten emprender nuevos vuelos, nuevos retos, nuevos desafíos.

He aquí la intuición que hemos hallado a la hora de estudiar el carisma educativo de Carmen Sallés. Al ahondar en los cimientos de su espiritua-

⁸ Actas del XV Capítulo General, p. 13.

lidad, nos hemos percatado, que las raíces son, a la vez, las alas, pues en ellas está la base para enfrentarse a los nuevos desafíos sin perder la esperanza y con solidez.

La identidad de una institución educativa depende, esencialmente de cuatro elementos: de la finalidad de la misma (el para qué existe), del modo de educar, de los contenidos que se transmiten en ella, pero, especialmente, de las personas que configuran la institución.

Releer las cartas de Carmen Sallés es una ocasión idónea para explorar, de nuevo, las raíces del carisma, las intuiciones básicas de la fuerza inspiradora del carisma concepcionista, su finalidad intrínseca, pero también el modo cómo debe articularse la práctica educativa en su seno.

De esta lectura, señalamos siete intuiciones fundamentales:

2. 1. Primera intuición: LA CONQUISTA DE LA FELICIDAD

Escribe Carmen Sallés en una carta firmada el 15 de octubre de 1908 en Madrid: “Por decreto, que obra en nuestro poder, Ntro. Smo. Padre el Papa Pío X, se ha dignado dar la primera aprobación a nuestro humilde Instituto, después de maduro examen, como muy a propósito para poder en él santificarnos, las que guiadas por la luz de lo alto, dimos un adiós al mundo y nos acogimos bajo la bandera de la Virgen sin mancha; y como muy útil y provechoso para *labrar la felicidad de las familias y de los pueblos mediante la educación Cristiana de la niñez*”.

El fin de la misión está nítidamente expresado en esta epístola: *labrar la felicidad de las familias y de los pueblos a través de la práctica educativa*. Todo ser humano, por definición, aspira a la felicidad. Es un anhelo que está presente en toda persona más allá de sus orígenes y de su condición. Sin embargo, no es difícil constatar que existe una gran dosis de infelicidad en las personas y en los pueblos.

Generar felicidad es el fin que se propone Carmen Sallés al fundar la congregación, pero, para ello resulta esencial la práctica de una educación que, en el caso del carisma concepcionista, se inspira en el humanismo cristiano. “Educar -reza uno de los pensamientos de Carmen Sallés- no es sólo una tarea, es también, y sobre todo, una misión”⁹.

⁹ *Ecos del pensamiento de Carmen Sallés*, p. 126.

La aspiración a la felicidad sigue siendo plenamente actual. Los entornos se han transformado, también los sistemas educativos, los educandos y las familias, pero el fin que se persigue tiene plena vigencia, porque también en el presente, todo ser humano anhela la felicidad.

2. 2. Segunda intuición: NUESTRA MISIÓN ES CUIDAR DE LA NIÑEZ

Escribe Carmen Sallés en una carta no fechada: “¡Qué feliz, hijas mías, es nuestra misión, somos esposas del Dios que nos creara, somos depositarias y encargadas de lo que más ama en este mundo, que es la niñez! ¡Qué feliz nuestra misión que nos da por compañeras a las niñas, que son un pedacito de cielo en la tierra!”.

El destinatario principal de la misión concepcionista es la niñez, la infancia en sus distintos momentos evolutivos.

El filósofo anglosajón, Alasdair MacIntyre, ha mostrado de forma convincente, que sólo llegamos a ser relativamente autónomos, después de un dilatado período de dependencia en el que necesitamos que los demás se ocupen de nosotros y nos ayuden hasta que podamos desarrollar nuestras propias capacidades. Sin embargo, las virtudes desarrolladas por quienes nos cuidan durante nuestra fase de dependencia no siempre coinciden con las que nosotros realizamos al conseguir nuestra autonomía.

La virtud del cuidar, la consagración asimétrica, no recíproca y parcial al bienestar de otro, que nos exige que transparentemos sus necesidades, es una expresión de la lógica del don. Cuidar es un modo de darse al otro. El hecho de cuidar a alguien no se identifica con el imperativo categórico o el principio de la utilidad, no obstante, es tan propio de la capacidad humana como el ejercicio racional de la autonomía.

La atención a los pequeños es expresión de una capacidad propiamente humana, de la lógica del don. En el cuidado aparece un profundo sentido del valor propio e insustituible de cada ser humano, que ciertamente es mucho más intenso cuando se trata de personas a quienes nos sentimos vinculados por relaciones de amor y de afecto.

El niño, para llegar a ser lo que está llamado a ser, para desarrollar su misión fundamental en la existencia, esa que sólo puede auscultar en la

más solitaria de las soledades y que sólo puede desarrollar él y nadie más que él en la historia, requiere de una esfera afectiva, de un entorno cálido que le proteja del mundo exterior.

Sin una estructura de acogida, el niño no puede desarrollarse, porque su extrema fragilidad exige, por necesidad, un ámbito mínimo de acogida. En este sentido, el hogar, tal y como es concebido por Emmanuel Levinas, constituye el ámbito fundante, la condición de posibilidad de la misión, del ejercicio de la libertad responsable. “Soy acogido, luego existo” o dicho de otro modo: “Existo porque fui hospedado”.

Debido a su dependencia y fragilidad constitutiva, el niño no puede llegar a ser lo que está llamado a ser sin la solícita y constante ayuda de otros seres humanos, máxime en los períodos iniciales de configuración de su ser. En este sentido, no se basta a sí mismo y sólo puede desarrollar ese don que ha recibido, la existencia, si otros le preservan de la intemperie, velan por su formación, se preocupan por todas las dimensiones de su ser.

A lo sumo, el ser humano alcanza una frágil y provisional autonomía, que, siempre está amenazada por factores exógenos y endógenos y que sólo puede mantener a lo largo del tiempo si se cuida persistentemente para que no se quiebre y advenga la heteronomía. La dependencia no es un rasgo extraño del ser humano. Nacemos dependientes, crecemos en interacción con otros seres humanos y durante toda la existencia dependemos de los recursos naturales, del entorno climático, de lo que acaece fuera de nosotros mismos.

Habituándose al espacio doméstico, siempre fiel, donde constantemente se encuentra con las mismas cosas, con las mismas personas, el niño lo habita reconociéndolo y sintiéndose reconocido.

Repitiendo los mismos movimientos, el cuerpo del pequeño hace de aquel espacio, el propio hábitat. La repetición de los movimientos y de las percepciones, garantizada en la casa, favorece la construcción de una casa interna al niño, que le permitirá sentirse en casa, aunque no conoce todavía el mundo externo. En definitiva, la originaria permanencia ambiental favorece la percepción de la continuidad de sí misma en las distintas situaciones.

Sin esa confianza fundamental es imposible vivir, porque vivir es hacer infinitos actos de fe, pero la sensatez del mundo está estrechamente conectada con la experiencia de la primera casa que el cuerpo ha experimentado

desde el principio. Un déficit de continuidad ambiental desde el inicio representa una grave mutilación afectiva del yo, pues su identidad, como se ha dicho, depende, en gran parte, del presentimiento fiduciario de la confianza del mundo, es decir, de que el mundo y, por extensión, los adultos que lo habitan, es digno de fe.

2. 3. Tercera intuición: LA BÚSQUEDA LA UNIDAD

En una carta de Carmen Sallés del día 30 de mayo de 1909, firmada en Madrid, se puede leer: “Seamos nobles y generosas y depongamos nuestras ruindades y resentimientos si los hubiere, y unidas por los lazos de la caridad más pura, como si no fuéramos más que un individuo, trabajemos con afán por su lustre y brillo que de esa manera será mayor nuestro galardón”.

Más allá de las diferencias y de las tensiones que puedan existir en toda comunidad humana, sea o no religiosa, la tercera intuición de Carmen Sallés se refiere a la necesidad de mantener la unidad, una unidad que se funda en el respeto que nace de la mutua benevolencia.

El Papa Francisco también expresa esta intuición en *Evangelii Gaudium* cuando afirma que la unidad es más sólida que el conflicto: “El conflicto -escribe- no puede ser ignorado o disimulado. Ha de ser asumido. Pero si quedamos atrapados en él, perdemos perspectivas, los horizontes se limitan y la realidad misma queda fragmentada. Cuando nos detenemos en la coyuntura conflictiva, perdemos el sentido de la unidad profunda de la realidad”¹⁰.

“Ante el conflicto -añade el obispo de Roma- algunos simplemente lo miran y siguen adelante como si nada pasara, se lavan las manos para poder continuar con su vida. Otros entran de tal manera en el conflicto que quedan prisioneros, pierden horizontes, proyectan en las instituciones las propias confusiones e insatisfacciones y así la unidad se vuelve imposible. Pero hay una tercera manera, la más adecuada, de situarse ante el conflicto. Es aceptar sufrir el conflicto, resolverlo y transformarlo en el eslabón de un nuevo proceso. «¡Felices los que trabajan por la paz!» (Mt 5,9)”¹¹.

¹⁰ *Evangelii Gaudium*, 226.

¹¹ EV, 227.

Y concluye: “Se hace posible desarrollar una comunión en las diferencias, que sólo pueden facilitar esas grandes personas que se animan a ir más allá de la superficie conflictiva y miran a los demás en su dignidad más profunda. Por eso hace falta postular un principio que es indispensable para construir la amistad social: la unidad es superior al conflicto. La solidaridad, entendida en su sentido más hondo y desafiante, se convierte así en un modo de hacer la historia, en un ámbito viviente donde los conflictos, las tensiones y los opuestos pueden alcanzar una unidad multiforme que engendra nueva vida. No es apostar por un sincretismo ni por la absorción de uno en el otro, sino por la resolución en un plano superior que conserva en sí las virtualidades valiosas de las polaridades en pugna”¹².

2. 4. Cuarta intuición: CREAR UNA ESFERA DE ACOGIDA

Escribe Carmen Sallés el día 30 de mayo de 1909 desde Madrid: “En ese delicioso recinto están las niñas, tiernas y delicadas flores, que el Señor ha confiado a nuestro cuidado. Cual solícito jardinero, velemos de día y de noche por ellas, sea ella nuestra ocupación cotidiana, el objeto de nuestros desvelos y de nuestros más tiernos cuidados, alimentándolas con sanas lecciones, con provechosos consejos, infiltrémosles el aroma de la virtud y de la honradez. Arranquemos con prudencia y tino las malas hierbas que son las pasiones que a veces ponen su vida en peligro.

No siempre el jardinero tiene a mano los elementos necesarios para producir y conservar la belleza y la hermosura que ansía para sus pensiles, y triste y desfallecido contempla con los ojos arrasados en lágrimas y con el corazón dolorido, marchito el fruto de sus sudores y desvelos”.

La imagen del jardín, del jardinero y del cercado da mucho juego para comprender la comunidad educativa como una esfera de acogida. Cuando la semilla cae en una tierra seca y áspera, no tiene posibilidades de desarrollarse aunque posea mucho potencial dentro de sí misma, pero cuando se hunde en una tierra húmeda, arraiga y el pequeño tallo que emerge es cuidado delicadamente por un jardinero, la semilla se transforma en planta y, finalmente, en un árbol robusto.

¹² EV, 228.

La misión de Carmen Sallés consiste en educar y educar significa “tratar de formar a personas a imagen de María Inmaculada”¹³, dicho de otro modo, crear un ámbito donde el educando pueda crecer y desarrollarse integralmente.

“Un colegio -reza uno de sus pensamientos- es un precioso jardín. ¿Hay flores más bonitas que un niño? Se exigen los atentos cuidados de un jardinero, porque, si aparecen hierbas perjudiciales, con prudencia tendrá que arrancarlas”¹⁴.

Y concluye: “Veamos día y noche por los niños que el Señor nos ha confiado. Sean ellos el objeto de nuestros desvelos, de nuestros más delicados cuidados”¹⁵.

La acogida consiste en recibir al otro en la propia casa, en responder a sus necesidades y en ofrecerle un espacio y un tiempo de dignidad para que pueda desarrollarse humanamente.

La acogida es apertura, transparencia y permeabilidad. Es intercambio de pensamientos, transferencia de sentimientos, de dones materiales e inmateriales. El anfitrión ofrece su hogar, pone el huésped a resguardo de la intemperie; el huésped le explica su viaje. Ambos crecen como seres humanos, porque la acogida los transforma, los hace ser diferentes.

El anfitrión no será nunca más el que era; porque el relato del huésped lo ha transformado; ha entrado en relación con un universo nuevo, con un sistema de signos, de símbolos distinto del suyo; pero el huésped tampoco será nunca más el que era, porque, al entrar en la casa, no solamente penetra en un espacio físico, se introduce en un mundo afectivo y simbólico y descubre un universo. Sólo por esto, se sentirá en deuda con aquel que lo ha recibido.

Esta llamada a acoger al otro se fundamenta en el rico patrimonio de la tradición bíblica. Los patriarcas eran ellos mismos una tribu nómada. Después de haberse establecido en tiempos de Abraham en el lugar indicado por Dios, emigraron a Egipto, donde sufrieron la opresión y fueron, finalmente, liberados una vez más por Dios.

¹³ *Ecos del pensamiento de Carmen Sallés*, p. 119.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 125.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 122.

El Evangelio llama a tener una actitud de solidaridad hacia aquellos que sufren, que son vulnerables y se encuentran en situación de necesidad. Los débiles, en la sabiduría práctica de Jesús, no son solamente seres dignos de lástima, sino seres de quienes hemos de aprender. El pobre, el enfermo, la viuda, el endemoniado, el anciano o el moribundo nos enseñan, nos muestran una dimensión de la vida que, generalmente, se oculta, se esconde detrás las cortinas de la diversión y el entretenimiento.

Desde la ética bíblica, la exigencia de hospedar al más vulnerable no es una opción entre otras. Es un deber moral que emana de la experiencia de la fraternidad universal, una llamada cordial que, en ningún caso, puede silenciarse.

2. 5. *Quinta intuición: LLAMADOS A DONAR LO QUE SOMOS*

Se puede leer en una carta de Carmen Sallés del día 15 de octubre de 1908: “Llamadas por nuestra vocación a santificar a las niñas, trabajemos con celo en tan difícil misión; seamos como aljibes que se llenen por el estudio y la oración, de ciencia y virtud, para después repartirlas entre esos seres que con sus travesuras y molestias, han de labrarnos una corona de gloria y de felicidad”¹⁶.

Colmarse para darse; trabajar el don para comunicarlo a los otros: he aquí la misión que se desprende de esta quinta intuición. Según el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua, la palabra don, en su primera acepción, que es la que interesa recuperar aquí, se refiere a dádiva, presente o regalo. Ello presupone un ser, el donador, capaz de dar, pero también, un receptor, que recibe ese regalo.

La donación exigida no puede considerarse, en sentido estricto, donación. En este sentido, como veremos, la irrupción de la existencia personal, la de cada uno, cuando es concebida como don, se concibe como un evento que podría no haber tenido lugar nunca jamás en la historia, como algo contingente, opuesto a lo necesario.

De lo dicho, resulta que el don es libre y voluntario. No es el resultado de una exigencia moral, legal o formal, aunque puede considerarse una

¹⁶ CCS 15.10.1908.

expresión del deber. En este sentido, se debe distinguir del cumplimiento de una obligación legal o contractual.

El don tiene carácter de regalo, en el doble sentido de que es un sobrar del donante y un enriquecerse del destinatario del don. Quien dona, da de lo suyo sin que el don disminuya lo que él es o tiene. Esto sólo puede hacerse si siendo quien soy, además puedo dar sin empobrecerme.

El don es, además de lo dicho, unilateral, en cuanto que no crea en el que recibe una obligación de devolver el don, al contrario de lo que ocurre en el intercambio mercantil; pero puede también formar parte de un marco de reciprocidad, cuando da lugar a una serie de donaciones mutuas, cada una de las cuales sigue siendo libre y voluntaria, pero que dejan la puerta abierta a que el otro dé o no dé, según sus posibilidades y deseos.

De lo dicho se deduce que el don simboliza el afecto, la simpatía, el amor. Aparece como un vínculo social y ético, funciona como un sistema de beneficencia, de solidaridad. En tanto que hecho social, compromete las dimensiones económicas, ecológicas, culturales, políticas, sociales, éticas y espirituales de la persona.

El don capacita al donante para recibir y abre, así, posibilidades nuevas: dar se convierte en un don para el que da, porque desarrolla sus virtudes y le introduce en la lógica de la sobreabundancia. El gesto originario de donar es, en sí mismo, invitación a una generosidad semejante. Es, paradójicamente, la no espera de reciprocidad, y por ello mismo, el fundamento de reciprocidad.

El don manifiesta una cierta generosidad, una generosidad que no tiene otro objetivo que generar generosidad. Consiste en dar más de lo que se recibe, en superar la lógica del cálculo o de la reciprocidad. El don manifiesta una preocupación por el otro, un interés por el otro.

Dar es salir de uno mismo, una especie de movimiento extático, es entregar lo que uno es a los otros. Obedece a una dinámica fundamental que está inscrita en la naturaleza humana. Sin embargo esta dinámica que emerge espontáneamente de su ser y que, de algún modo, podemos contemplar en los mismos seres de la naturaleza, puede verse interrumpida por algún obstáculo y permanecer truncada.

Lo dado es una realidad, que puede ser material o espiritual. No se refiere solamente a un objeto, a una cosa o artefacto, sino a una riqueza

intangible que facilita la vida de los otros. El tiempo que se da a los otros es un don intangible que tiene un valor objetivo. El don genera comunión, cohesión, vinculación, sentido de pertenencia. También suscita un deber en el receptor, porque en la medida en que se siente destinatario de un regalo, experimenta el deseo de corresponder, de agradecer el don de que ha sido objeto.

2. 6. *Sexta intuición:* *UNA FORMACIÓN INTEGRAL Y EQUILIBRADA*

El centro de gravedad del ideario educativo de Carmen Sallés es la persona. Uno de sus pensamientos es muy claro al respecto: “Cuando educamos, formamos a cada persona concreta, por eso la educación exige conocimiento de la persona a la que se educa, porque necesitamos saber qué materiales debemos usar en el trabajo que realizamos”¹⁷.

Y añade: “A través de la educación tratamos de hacer a la persona más persona”¹⁸. Para conseguir tal fin es esencial evitar la tensión, pero también la distensión. La educación debe mantenerse en el equilibrio entre el reconocimiento y la corrección fraterna. En uno de sus pensamientos lo expresa a través de la imagen del violín: “No olvidéis la lección de las cuerdas del violín: si están siempre tensas, se rompen”¹⁹.

Desde el paradigma educativo de Carmen Sallés, educar consiste en desarrollar todo el potencial latente en la personalidad del niño y esta tarea incluye, necesariamente, el desarrollo de las cuatro dimensiones fundamentales de la persona: la corporal, la psíquica, la social y la espiritual.

Algunos teóricos que también defienden la educación integral u holística no incluyen en su esquema lo espiritual, por considerar que tal dimensión es inexistente o bien forma parte de la vida psíquica, es decir, de lo mental y emocional. Parten de un esquema tridimensional, donde el ser humano es definido como una entidad biopsicosocial.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 120.

¹⁸ *Ibíd.*, p. 119.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 124.

Desde esta perspectiva, no tiene sentido alguno estimular la espiritualidad latente en el niño y, menos aún, encauzar programas para estimular su inteligencia espiritual. Conciben lo espiritual como una reliquia o artefacto conceptual del pasado, pero que no describe la misma esencia de la persona. Entienden que lo humano, como todo cuanto existe en la realidad, se puede deshacer en hechos empíricos cuantificables y mensurables. Asocian lo espiritual a lo religioso y, más concretamente, a lo confesional y entienden que tal estadio pertenece a un momento ya superado en la historia de la humanidad.

Esta ocultación o ignorancia de lo espiritual tiene graves consecuencias en el desarrollo integral de la persona. Al poner un velo, se descuida una dimensión fundamental que, debidamente cultivada, puede permitir al niño expresar su creatividad personal, comprender el fondo último de su ser y, por extensión, comprender de un modo más penetrante todo cuanto hay en el universo. Los sistemas educativos más innovadores del planeta y más sensibles al desarrollo integral de la persona, reconocen esta dimensión espiritual y velan por su desarrollo y cultivo.

Lo holístico debe integrar lo espiritual, pero sería un error considerar esta dimensión como una parte o un fragmento del todo, como si fuere un órgano o una extremidad del cuerpo. Lo espiritual no se puede deslindar de lo psíquico, pero tampoco de lo social y lo corporal. Configura la personalidad social, emocional y racional de la persona y no se puede comprender ésta a fondo si no se recaba en este estrato espiritual que constituye su esencia más íntima.

Lo espiritual evoca, pues, la identidad más íntima del ser humano, pero, en cuanto tal, afecta y, a la vez, se ve afectada por todas las otras dimensiones o facetas de su existencia. No es extraño que un ser espiritualmente inteligente sea capaz de controlar y dominar sus emociones negativas y tenga, simultáneamente, gran capacidad para el desapego y para la práctica de la benevolencia universal. Estas aptitudes emocionales y sociales no son ajenas a sus prácticas espirituales, a la meditación, a la oración, al silencio, a la contemplación que, con frecuencia, practica.

Estas cuatro dimensiones o planos del ser humano no deben entenderse, pues, separadamente, pues están profundamente interconectados de tal modo que todo lo que influye en una de esas dimensiones tiene efectos en el conjunto. Por ello, parece más adecuado referirse a dimensiones o planos de un mismo ser, que no a partes o estratos.

Lo psíquico y lo social se influyen íntimamente, de tal modo que las alteraciones de la vida mental y emocional afectan al plano de la vida interpersonal, a los vínculos y relaciones, pero también ocurre lo mismo en el sentido opuesto: la alteración en la vida social afecta el plano de las emociones y de los pensamientos. El ser humano es, en cualquier caso, una unidad integrada, un sistema permeable en el cual lo exógeno tiene consecuencias en el plano endógeno y viceversa.

La educación de lo corporal incluye el conocimiento de las necesidades y las limitaciones de la propia condición somática, lo cual incluye, el desarrollo físico del cuerpo, la nutrición, la vida sexual, el sentido de la movilidad y de la elasticidad. El objetivo fundamental es que el niño adquiera una sabiduría del cuerpo, que sepa tener una relación equilibrada y autoconsciente con su realidad biológica.

Una correcta educación de lo corporal tiene efectos beneficiosos en el desarrollo del niño, evita males que son consecuencia de usos abusivos del mismo y garantiza una práctica del cuidado de un mismo que es fundamental para el bienestar integral de la persona.

La educación de lo psíquico incluye una serie de niveles más difíciles de identificar *a priori*. Lo psíquico se refiere, de entrada, a lo emocional y lo mental. Una persona que ha sido correctamente educada en lo psíquico, sabe identificar sus emociones, positivas o negativas; sabe, además, expresar correctamente las mismas y canalizar aquellas que tienen un carácter tóxico o destructivo.

Cuando uno educa, trata de extraer del educando, toda la riqueza latente en su ser, despertar todas sus habilidades y posibilidades. Una educación de tipo holístico no descarta ninguna dimensión o faceta de la persona, por difícil y complejo que sea estimularla.

Así reza uno de los pensamientos de Carmen Sallés: “Los sentimientos deben ser encauzados, no reprimidos”²⁰. Educar desde esta perspectiva consiste en estimular las inteligencias múltiples que se dan en toda persona, favoreciendo, en la medida que ser pueda, un desarrollo armónico y simétrico de las mismas, sin sucumbir a excentricidades, ni excesos.

Un modelo holístico de ser humano incluye, necesariamente, la esfera espiritual. Lo espiritual está en el centro, que constituye el primer

²⁰ *Ecos del pensamiento de Carmen Sallés*, p. 124.

círculo; el segundo círculo es lo psicológico y el tercer es lo físico, el más visible.

Lo espiritual incluye el ser total de la persona. La conocida pedagoga, Maria Montessori, utilizaba la imagen del embrión espiritual. En todo ser humano existe este embrión, pero sólo si se halla hospedado en un entorno adecuado, en un útero que le nutra y le proteja, podrá desarrollar todo su potencial y crecer indefinidamente. Desde este punto de vista, la espiritualidad constituye una dimensión innata de la persona que influye en todas las áreas de su vida.

2. 7. Séptima intuición: LA EJEMPLARIDAD ES DECISIVA

La séptima intuición queda recogida en el siguiente pensamiento atribuido a Carmen Sallés: “Recordemos siempre que se consigue más con el buen ejemplo que con las palabras. Si es necesario imponer una práctica, el ejemplo es la mejor lección”²¹. Y añade: “Los ejemplos de vida hablan con más claridad que las palabras”²².

En efecto, educamos más con lo que hacemos que con lo que decimos y, sin embargo, seguimos prestando más atención al discurso que a la acción, a los papeles que a las personas, a las palabras que a los hechos. Los maestros somos observados minuciosamente y atentamente, tanto en el aula como fuera de ella. A veces, hasta somos fiscalizados por nuestros alumnos o por sus padres.

Los alumnos atienden a todos nuestros detalles, a nuestros movimientos, palabras, acciones, silencios y omisiones. Se fijan en todo lo que hacemos, en nuestra indumentaria, en nuestro peinado, en el vehículo que utilizamos, en el móvil que manejamos, en la respuesta que damos a todo tipo de situaciones. Prestan atención a todo lo que hacemos, tanto dentro como fuera del aula y, fácilmente, identifican nuestras incoherencias, incongruencias o contradicciones.

Sólo el ejemplo educa. Cuando el discurso no va acompañado de acciones coherentes con él, cuando las palabras no se transforman en hechos

²¹ *Ibíd.*, p. 121.

²² *Ibíd.*, p. 122.

afines, no se produce el acto educativo. La coherencia es el único modo de educar, el único camino para ser creíbles como maestros.

Un maestro no puede exigir el estudio a sus alumnos si él no estudia todos los días. No puede exigir puntualidad, si él no lo es; no puede exigir justicia si él no es justo a la hora de examinar; no puede exigir tolerancia si él no es tolerante con opiniones y creencias contrarias a las suyas; no puede requerir sobriedad y austeridad a sus alumnos, si él no vive austera y sobriamente. El lenguaje prescriptivo sólo es valioso si el emisor es coherente.

Sólo es creíble el ejemplo. Cuando el alumno percibe que existe una contradicción entre lo que el maestro exige o impera y lo que él hace con su vida, toma distancia de él y se siente engañado. Por ello es tan difícil ser verdaderamente maestro. No se trata sólo de saber cosas; no se trata sólo de poseer habilidades comunicativas, didácticas y pedagógicas o cultura general; se le exige coherencia, congruencia y ello es arduo y difícil no sólo para los maestros; para todo ser humano.

El niño aprende por *mímesis*, por imitación del referente. Tanto en el pasado como en el presente, el alumno aprende por repetición, observando al maestro y reproduciendo, a pequeña escala, sus gestos, movimientos, palabras y actitudes.

En el proceso educativo, el maestro se convierte, con frecuencia, en el modelo, en el arquetipo a imitar, especialmente en la etapa preescolar, infantil y primaria, de tal modo que ello le exige soberanamente. Es la fase precrítica. La maestra, porque por lo general es mujer, es el modelo, el referente; su palabra es indiscutible, su visión de las cosas es definitiva. En esta etapa, el alumno casi la idolatra, la convierte en una especie de figura estelar.

Luego, acontece la etapa crítica. La maestra es objeto de críticas, también lo son los padres. Durante esta etapa que acostumbra a coincidir con la adolescencia, el alumno toma distancia, desea perfilar su propia personalidad y lo hace por contraposición, marcando distancias respecto al influjo paterno y materno y, de este modo, empieza a delimitar las fronteras de su identidad personal. Es la etapa de la oposición, de la crítica visceral, de la negación del criterio de sus padres y maestros.

Finalmente, acontece una tercera etapa: la de la reconciliación o síntesis. El alumno ya no tiene necesidad de perfilar su identidad personal

por oposición, confrontándose a sus referentes; es capaz de entrever los elementos positivos de sus educadores, pero tiene ya su propio criterio y es capaz de reconocer, con gratitud, la educación que ha recibido, pero, simultáneamente, posee también la capacidad para discernir lo que es valioso de ella y lo que es tóxico.

Cuando son pequeños, los alumnos anhelan ser como la maestra e imitan su modo de obrar, de hablar, de proceder, con lo cual ésta se convierte en un espejo ideal, lo cual conlleva gran responsabilidad.

Esta imitación acaece también en el hogar. El uso del lenguaje se adquiere por imitación. Aprendemos la lengua materna de un modo inconsciente, repitiendo los fonemas que emite la madre. No sabemos qué significan, menos aún cómo se escriben, pero imitando cómo habla, es como empezamos a hablar.

Posteriormente, con los años, la maestra pasa a un segundo plano. Es recordada con gratitud y estima, incluso con veneración, pero emergen otros referentes del mundo social, deportivo, económico y audiovisual, y el alumno sustituye sus antiguos referentes por nuevos arquetipos. En cualquier caso, sigue imitando. Decora la habitación -su pequeño refugio en el ancho mundo- con imágenes y fotografías de sus ídolos musicales y trata de plagiar su vestimenta y sus estilos de vida. En ocasiones estos referentes son muy tóxicos y perniciosos y encarnan actitudes y estilos de vida que se oponen radicalmente a los valores recibidos en la escuela y en casa. A veces, son ejemplo de creatividad y de esfuerzo. En cualquier caso, son referentes objetos de imitación, para bien o para mal.

El proceso educativo no es unilateral. Se trata de un proceso, de un *continuum* de movimientos, de una secuencia de acciones, de palabras, de pequeñas intervenciones y de actos, aparentemente, aislados y separados, que forman un conjunto, una unidad de significado. Es una obra de arte colectiva, pues el maestro actúa, acompaña al alumno, interviene sobre él; pero no está solo en esta labor. Incide una urdimbre de figuras, de educadores formales e informales que, de un modo u otro, esculpen el alma del alumno.

En tanto que educador, el maestro forma parte de una comunidad de personas que, como él, cada uno con su estilo, desde su talante y su talento, desarrolla la vocación de educar. No puede tener la pretensión de llegar a todo, ni de culminar solo y aisladamente la tarea.

Es una obra en comunidad, un proceso que no sólo depende de él, es una labor de equipo. En la escuela se produce el encuentro entre una comunidad de aprendices y una comunidad de educadores que se entremezclan para crear algo nuevo. Sin esta interacción, no existe la escuela.

2. 8. Octava intuición: LA ESPERANZA PUESTA EN EL FUTURO

Es conocida la expresión de Carmen Sallés: “Adelante, siempre adelante. Dios proveerá”. Se trata de una exhortación necesaria, máxime en el momento actual. Uno de sus pensamientos reza así: “Tenemos que vivir la esperanza y transmitirla. Nos sobran razones para mantenernos en ella: el amor de Dios no falla”²³.

El niño aprende a confiar en la vida mamando literalmente del pecho de su madre. Para que el niño tenga un desarrollo armónico, la adquisición de la confianza radical posee una importancia decisiva. Según Erik Erikson, el estadio de la evolución del niño pequeño coincide realmente con el estadio de la confianza radical.

La madre constituye la verdadera base de confianza para todo el reconocimiento del mundo por parte del infante. El niño, cuando está en condiciones de explorar el mundo a gatas y de tener contacto con otras personas, no obstante busca sin descanso el contacto ocular con la madre y comienza a llorar en cuanto lo pierde. En su segundo año, aun siendo capaz ya de moverse más allá del campo de visión de la madre, regresa una y otra vez junto a ella y, en caso de no hacerlo, manifiesta ansiedad por la separación.

Abriéndose al principio así a la madre, el niño se abre a las personas, a las cosas, al mundo. Cuando más inseguro es para un niño el vínculo con su madre, tanto más bloqueado se encuentra en la construcción de relaciones con otras personas, pues está ocupado por completo en construir un vínculo fiable con aquélla. Y, al revés, a partir de la confianza en la madre se va constituyendo a través de un complejo proceso la confianza radical del niño, inicialmente ingenua y fuera de toda duda, que le procura

²³ *Ecos del pensamiento de Carmen Sallés*, p. 121.

una posición en la vida, pero que, de continuo, se halla amenazada y puesta a prueba.

La esperanza es el motor de la práctica educativa. Se contrapone a la evidencia, a lo que es claro y distinto para todos, de un modo unánime. Cuando el maestro se prepara a fondo para enseñar y sale al aula con el fin de comunicar lo que sabe, no tiene ninguna garantía de éxito, pero la fe en sus capacidades y en las de los alumnos es lo que le mantiene en vida, lo que pone acción su motor.

Si sucumbiera al fatalismo educativo, si llegara a pensar que cualquier esfuerzo es baladí, que no hay modo de transmitir nada, ya no saldría al aula, ni se prepararía la actividad.

La esperanza es un acto de confianza, no es el resultado de un razonamiento lógico, ni la consecuencia de una deducción matemática; es un movimiento del corazón que consiste en creer que el alumno puede llegar a ser lo que está llamado a devenir, en definitiva, que puede mejorar y ser distinto de cómo ahora es.

En algunos contextos sociales y económicamente difíciles, la tarea del maestro exige una fe superlativa. La historia de la congregación está llena de dificultades y de obstáculos que han sido vencidos contra todo pronóstico. Esta memoria debe estar siempre viva para poder afrontar los desafíos del presente y del futuro con esperanza y confianza.

Escribe Carmen Sallés el día 30 de mayo de 1909: “Nuestra amada Congregación, hijas mías, es nuestra madre, es nuestra heredad, sus triunfos y sus glorias son los nuestros. En el transcurso de 17 años que lleva de existencia, bien sabéis los apuros y tribulaciones por los que ha pasado. Débil bajel, tripulado y dirigido por pobres mujeres, ha atravesado por un mar lleno de escollos, un mar azotado casi de continuo por las olas bramadoras levantadas por nuestros enemigos deseosos de nuestro naufragio, pero el Señor que se complace en manifestar su poder en la debilidad del que de sí desconfía y pone su sabiduría a contribución de la ignorancia que es humilde, la ha sabido guiar a puerto seguro. Y al arribar al puerto, hemos visto esa nave, no desvalijada ni deshecha, sino sana, incólume, más robusta, cual si las iras de la tempestad y persecución de los elementos hubiesen sido obreros encargados de alcanzar su mérito, pues no ignoráis hijas mías muy amadas, que en septiembre último, nuestro Señor Padre, el Papa Pío X, se dignó otorgarnos un breve en que alaba y ensalza nuestro Instituto”.

A veces, ni siquiera los alumnos creen en sí mismos, en su potencial. Los mismos padres dimiten de educar, desprecian el talento de sus hijos y les obligan a trabajar para poder sobrevivir. En tales entornos, el maestro debe tener una fuerza espiritual enorme para poder confiar en ellos y en lo que pueden llegar a ser en el futuro. Sin esa fuerza, no puede convencer a sus padres de que obliguen a los hijos a ir a la escuela.

El vínculo entre maestro y alumno se fundamenta en la esperanza. El maestro cree en el alumno, en su potencial, en sus capacidades, en su fuerza para aprender lo que todavía ignora. El alumno cree en el maestro, en su buen hacer, en el dominio que tiene de la materia que imparte.

Lo fundamental en la educación es creer en los alumnos. Cuando un maestro deja de creer en ellos, en su potencial, en su capacidad para innovar y cambiar la historia, se desanima y no halla estímulos para educar.

La verdadera esperanza en uno mismo es el requisito de una personalidad fuerte y compasiva. Y cuando más tiempo pasa, más difícil resulta eludir una consciente decisión fundamental sobre qué actitud adopta uno ante la vida, ante los demás, ante el mundo y ante la realidad. Sin una madura confianza radical, sin una confianza existencial, apenas resulta posible superar las múltiples crisis de la vida.

3. Valores carismáticos

Se entiende por valores carismáticos, los horizontes de referencia que se desprenden del carisma concepcionista. Los valores no son hechos empíricos, ni descripciones de lo que acaece; son puntos de referencia en el horizonte. El carisma es la fuerza motriz que impulsa a acercarnos progresivamente a esos horizontes lejanos.

En el *Compendio de la doctrina social de la Iglesia* se diferencian, con claridad, los conceptos de valor, principio y virtud. “La relación entre principios y valores es, sin duda, de reciprocidad, dado que los valores expresan la consideración que hay que conferir a aquellos aspectos concretos del bien moral que los principios intentan conseguir, ofreciéndose como puntos de referencia para la estructuración oportuna y la conducción ordenada de la vida social. Los valores exigen, pues, tanto la práctica de los principios fundamentales de la vida social como el ejercicio personal de las virtudes y, por tanto, de los comportamientos morales correspondientes a los mismos valores”²⁴.

Una primera idea que se desprende de este fragmento es que los valores son puntos de referencia. No son entidades tangibles, ni objetos que se puedan poseer, sino horizontes de referencia, elementos hacia los que hay que tender, que tensan el arco de la voluntad humana, que nunca se agotan, que siempre están más allá de las limitaciones humanas. Los principios, en cambio, son los puntos de partida, los pilares que sostienen el edificio de la ética, mientras que los valores son los referentes.

La búsqueda de estos valores exige el cultivo de las virtudes, el desarrollo de buenos hábitos.

“Todos los valores sociales -dice el *Compendio*- son inherentes a la dignidad de la persona humana, el desarrollo auténtico de la que promueven, y esencialmente son: la verdad, la libertad, la justicia, el amor. Su práctica es un camino seguro y necesario para alcanzar el perfeccionamiento personal y una convivencia social más humana; constituye la referencia imprescindible para los responsables de la cosa pública, llamados a realizar las reformas substanciales de las estructuras económicas, políticas, culturales y tecnológicas y los cambios necesarios en las instituciones”²⁵.

²⁴ *Compendio de doctrina social de la Iglesia*, & 197.

²⁵ *Ibidem*.

A partir de los documentos analizados, del estudio de la historia de la congregación y de los capítulos generales celebrados, los valores carismáticos del modelo educativo concepcionista son los siguientes: el amor, la vida, la belleza, la libertad, la verdad, la apertura a la trascendencia, el sentido de pertenencia, la atención a la diversidad, la solidaridad y la profesionalidad.

3. 1. AMOR

Un pensamiento atribuido a Carmen Sallés reza así: “En la admirable tarea de la educación es fundamental el amor y el cariño a quienes se educa y enseña. Y tenemos que acercarlos a Dios, en quien está la fuente del verdadero Amor”²⁶.

El amor es la fuerza, la energía de la que dimanan los valores de la verdad, la libertad y la justicia. Quien ama, anhela la verdad, respeta y promueve la libertad del otro y trasciende el trato justo. El amor no calcula, ni busca la equidad. Un pensamiento de Carmen Sallés reza así: “Si amamos, descubrimos lo bueno de cada hombre, la imagen de Dios en él”²⁷.

El amor es un don inmenso y gratuito, sin cálculo, ni espera de reciprocidad. Por esto, el amor trasciende la justicia.

“Los valores de la verdad, de la justicia, de la libertad –dice el Compendio- nacen y se desarrollan a partir de la fuente interior de la caridad: la convivencia humana es ordenada, fecunda en bien y responde a la dignidad del hombre, cuando se fundamenta en la verdad; cuando se realiza según las exigencias de la justicia, es decir, en el respeto efectivo de los derechos y en el cumplimiento leal de los deberes respectivos; cuando se lleva a término en la libertad que se adecua a la dignidad de los hombres, llevados por su propia naturaleza racional a asumir, la responsabilidad de sus propias obras; cuando es vivificada por el amor, que hace sentir como propias las necesidades y las exigencias de los otros y hace cada vez más intensas la comunión de los valores espirituales y la solicitud por las necesidades materiales”²⁸.

²⁶ *Ecos del pensamiento de Carmen Sallés*, p. 123.

²⁷ *Ibíd.*, p. 122.

²⁸ *Compendio*, & 205.

La necesidad de amor es intrínseca al ser humano, se encuentra profundamente enraizada en él, de tal manera que es un ente indigente de amor. El anhelo de ser reconocido y conocido es un vector fundamental de la existencia humana. La felicidad radica, como veremos, en amar y ser amado.

El amor es la teleología inherente a la condición humana, es su tendencia más íntima. Es lo que hace que la vida merezca ser vivida, lo que da sentido a su existencia. La entiende como aquella potencia interior que conduce al ser humano fuera de sí mismo para entregarse al objeto de amor, como lo que lo pone en movimiento, su fuerza motriz o causa eficiente. En tanto que ser *capax amoris* solamente alcanza su plenitud si se siente amado y es capaz de amar en plenitud.

El ejercicio del amor exige un largo aprendizaje, un trabajo de purificación interior y exterior que transita desde las formas primarias y, aún instintivas del amor, centradas en la preponderancia del ego, hasta el amor sublime que se ha liberado del ego y alcanza las máximas cotas de excelencia y de plenitud, que se da gratuitamente y que, incluso, es capaz de dar la vida.

3. 2. VIDA

La vida es el don fundamental, el tesoro más valioso y un tesoro exige cuidado. Si consideramos nuestra vida como un tesoro, debemos considerar su fragilidad, la necesidad de cuidado que requiere. Desde la antropología cristiana, la vida es un, algo dado por Dios al ser humano. Es la condición de posibilidad de toda acción y de toda pasión.

Vivir es la condición de posibilidad de toda actividad, es el verbo principal, pues sin él no podemos conjugar ningún otro verbo: pensar, creer, respirar. Si no existo, no puedo hacer nada. El existir es la condición de toda actividad y todo encuentro.

Existir es lo fundamental, es la condición de todo encuentro. Si no existo no hay encuentro posible. Con los que existen puedo encontrarme o no, con los que no existen no podré encontrarme jamás. El existir es gratuito, mientras que el vivir o subsistir exige cuidado y esfuerzo.

El vivir genera un sobrecogimiento. La sorpresa de existir va unida a la admiración, aunque es anterior a ella. No tiene que ver con un objeto, sino con el hecho de estar en el espacio y el tiempo, pudiendo no estar.

La sorpresa se puede comparar con la admiración y se contrapone a la pesadumbre. Admiración por lo que existe, por la belleza de lo existente. Es el principio de la filosofía. Esta sorpresa la experimentamos cuando nos damos cuenta de que podíamos no haber existido. Mi existencia no estaba escrita en ningún lugar. Soy una única posibilidad regalada, gratuita.

Cuando uno se percata de que existe, pudiendo no existir, al percatarse de esto, experimenta que es una persona afortunada, que puede hacer que actúe con vigor, con tenacidad, con firmeza, para corregir las consecuencias negativas de ese pasado, no para quedarse simplemente apático impasible o indiferente a los males acaecidos en el pasado.

La alegría por el hecho de existir tiene como consecuencia una irradiación. Es un sentimiento que se irradia, como la tristeza. Hay un movimiento de dentro hacia fuera y el que está alegre por el hecho de existir, irradia gusto por la vida, es un vitalista, una persona que irradia bienestar, no en el sentido material sino en el sentido de estar bien, a su entorno.

3. 3. BELLEZA

La belleza, en el pensamiento clásico griego, se relaciona directamente con la simetría y la proporción. Educar teniendo en cuenta este valor carismático significa buscar, ante todo, la simetría de las partes y la proporción entre las polaridades. Donde hay exceso, desmesura o, por el contrario, carencia y precariedad, no puede haber belleza.

En un pensamiento de Carmen Sallés se puede leer: “La pulcritud embellece la virtud. La presencia exterior manifiesta ese fondo en el que Dios está realizando su obra”²⁹.

Corresponde a los educadores discernir en cada momento lo más adecuado para el niño y velar para que tenga un desarrollo proporcionado y simétrico, lo que significa, por ejemplo, combatir el exceso del consumismo, pero también la precariedad y la pobreza en la que se halla la infancia en tantos lugares del mundo.

²⁹ *Ecos del pensamiento de Carmen Sallés*, p. 128.

La belleza se relaciona, en último término, con la bondad. Cuando una persona busca el bien de sus semejantes y actúa movida por la benevolencia, no sólo se puede calificar de buena su obra, sino también de bella. La generación de bien, la búsqueda de la armonía y de la cohesión en el seno de las comunidades educativas es una expresión del valor de la belleza.

3. 4. LIBERTAD

La libertad no es sólo un dato psicológico, sino un hecho ontológico. Soy mi libertad. Tengo que hacerme, haciéndolo todo, excepción hecha de mi naturaleza. Aquí y ahora, en ejercicio concreto, puedo ser lo que estoy llamado a ser. Actuando libremente actualizo mi posibilidad. En este sentido, la libertad no me pertenece; soy yo quien pertenece a la libertad.

Frente al determinismo, es necesario reivindicar que el ser humano posee la capacidad para autodeterminarse. En la obra de Albert Camus, *La caída*, el protagonista único exclama: “La libertad no es una recompensa ni una decoración que se festeja con champán. Al final de toda libertad hay una condena”.

El ejercicio concreto, el obrar propio que está en el meollo de toda libertad implican elección y la elección supone multiplicidad de posibilidades elegibles. Seleccionamos estimativamente la posibilidad que hacemos nuestra y la seleccionamos, cuando obramos humanamente, de acuerdo con la razón, con nuestra razón.

Contra el determinismo que reduce al ser humano a un puro constructo mecánico, incapaz de obrar libremente, resulta esencial subrayar su capacidad para optar, para desarrollar su proyecto existencial a partir del acto de autodeterminación.

Tal acto presupone, como condición *sine qua non*, el autoconocimiento, la autoposesión y, finalmente, el autogobierno. La capacidad todavía no es garantía de la realidad, pero el determinismo no sólo niega la realidad de la libertad, sino la misma posibilidad.

El ser humano, en tanto que entidad única e irrepetible en la historia, es un universo de posibilidades y gracias a su novedad puede emerger algo completamente nuevo en la historia.

En efecto, el nacimiento de un ser humano significa la irrupción de un yo único en la historia, un ser capaz de hacer con su vida un proyecto único, de responder afirmativamente a su misión y de trascender los condicionamientos y las resistencias del entorno.

La vida de cada persona nacida es originaria, es un misterioso acontecimiento de la biología. Con cada nacimiento, surge un mundo de posibilidades. Los seres humanos tenemos que morir, pero no hemos nacido *para* morir, sino *para* hacer nacer algo nuevo, para insertar en el mundo una original novedad. El tener que morir forma parte de la vida; no depende de la voluntad humana; como tampoco el nacer es fruto de una decisión personal. Uno se encuentra viviendo, se sabe nacido, y se descubre, con perplejidad, mortal, pero en el trance de su vivir puede desarrollar actos libres e imprimir a su vida una singularidad única, jamás vista en la historia.

Por eso, el ser humano no se fabrica, nace; o mejor dicho, es procreado. No es la ejecución de una idea ni de un plan fatalmente diseñado; es el milagro de un comienzo. En el determinismo, al negar la capacidad para realizar actos libres, se reduce el ser humano a un mero artefacto, se le vacía de su valor inherente, se vulnera su dignidad intrínseca, el último resquicio de excelencia que hay en él, su capacidad de decidir.

El ser humano, en tanto que indigencia patente, viene al mundo por el nacimiento y se dispone a la transformación. No es un atributo del ser; sino una expresión de la libertad.

3. 5. VERDAD

Sin entrar ahora a discurrir sobre el concepto de la verdad, hay que reconocer que la verdad es uno de los valores fundamentales de la tradición cristiana. La defensa de la verdad y la lucha por la verdad son intrínsecas al ser cristiano. Al decir que la verdad es un valor, se afirma que es un horizonte de referencia, una aspiración que todo ser humano debe asumir. Todo ser humano desea, por naturaleza, conocer la verdad de las cosas. No se siente cómodo cuando vive instalado en la mentira o en la hipocresía: quiere conocer el fondo de la realidad, lo que son las cosas en sí mismas.

La verdad no es algo que se tenga en posesión y se pueda administrar. Es un valor, una meta hacia la que hay que orientarse. Este valor se relaciona estrechamente con el de la transparencia y el de la sinceridad, se refiere a la perfecta correspondencia entre lo que se afirma y lo que son las cosas.

“Los hombres -se afirma en el Compendio- tienen, de manera particular, el deber de tender, continuamente, a la verdad, a respetarla y testificarla responsablemente. Vivir en la verdad tiene un significado especial en las relaciones sociales: en efecto, la convivencia entre los seres humanos dentro de una comunidad es ordenada, fecunda y responde a su dignidad de personas, cuando se fundamenta en la verdad. Cuanto más se esfuerzan las personas y los grupos sociales a resolver los problemas sociales según la verdad, más se alejan de la arbitrariedad y se conforman a las exigencias objetivas de la moralidad.”³⁰

3. 6. APERTURA A LA TRASCENDENCIA

Trascender consiste en ir *más allá*, en cruzar una frontera. No ésta o aquélla, sino cualquier frontera que se vislumbre en el propio caminar. Consiste en no contentarse con lo que se es, con lo que se tiene, con lo que se sabe. Es esta voluntad indómita de no conformarse con lo que se conoce. Es la pasión por indagar lo que está más allá del límite, lo que se esconde más allá de lo que ya conocemos. El trascender expresa una carencia, pero también una esperanza.

La capacidad de trascendencia es un poder de la inteligencia espiritual que faculta al ser humano para moverse hacia lo que no conoce, para ir hacia lo que no tiene, para penetrar en el territorio de lo desconocido. Lo contrario es la instalación en el lugar donde se está, en el estadio que se conoce.

Esta capacidad, pues, está particularmente presente en el explorador que indaga por terrenos desconocidos, en el científico que no se contenta con lo que sabe y elabora nuevas hipótesis de trabajo, en el artista que no se conforma a lo que ha creado, que busca nuevas expresiones de la belleza;

³⁰ *Ibíd.*, & 198.

en el atleta que aspira a superar su última marca, sus límites, aunque no sabe si será capaz.

Trascender es una actividad que puede aplicarse en distintos ámbitos. Uno puede ir más allá de las opiniones comunes, más allá de los intereses egocéntricos, más allá de las expectativas puestas en él, más allá de los deseos materiales, más allá de la utilidad y el bienestar y plantearse ideales, horizontes de sentido que, a priori, resultan difíciles de comprender e inclusive de asumir para los otros y para uno mismo. Trascender, en este sentido, significa, de algún modo, despojarse de lo banal, de lo previsible, de lo contingente y necesario, para ahondar en lo esencial.

Toda la realidad humana se caracteriza por su trascendencia, por la orientación hacia algo que no es el hombre mismo, hacia algo o hacia alguien, pero no hacia sí mismo, al menos no primariamente hacia sí mismo. Este trascender hacia algo desconocido no garantiza la existencia del objeto de deseo, pero indica una tendencia arraigada en el ser humano.

La persona que se trasciende a sí misma, se orienta hacia algo que no tiene, ni conoce, relativiza su propio ser y lo pone al servicio de una causa o razón superior. En el acto de trascender, uno da lo mejor de sí, sus recursos y sus posibilidades a algo más grande que él mismo. Entonces la existencia deja de ser un movimiento endogámico y se convierte en transición, en un peregrinar hacia lo que no se posee. Desarrollar este poder es ponerse en camino.

En su capacidad de trascender, el ser humano utiliza los otros recursos de las inteligencias para avanzar, para progresar, para emigrar hacia planos nuevos de realidad. La misma innovación científica, tecnológica e industrial es un fruto de la capacidad de trascendencia. También el desarrollo del arte, sus distintos géneros y estilos, así como el progreso del pensamiento filosófico a lo largo de la historia.

El ser humano es transición, camino, itinerario hacia lo que todavía no es. No se contenta con lo que es. Aspira a ser lo que todavía no es. La trascendencia es el motor de la vida humana, el impulso vital que mueve a todo ser humano a ir más allá, a superar cualquier límite, a entrar en nuevos mundos, para vivir más plenamente, más intensamente, para gozar en lo más íntimo de la realidad y embelesarse con ella.

Contra lo que se pudiera creer, el cultivo de la inteligencia espiritual no conduce a la atrofia o a la parálisis, sino todo lo contrario. Pone en

movimiento a la persona, a la totalidad de su ser, hacia lo que está más allá de todo lo que es inmediato y superficial; la estimula a superarse a sí misma, a darse, a trasgredir los compartimentos estancos. La vida espiritual es dinámica y abre la persona hacia nuevos horizontes, la salva de la atrofia y de la monotonía, de la instalación en lo mismo.

El movimiento de trascender es un movimiento de superación, de innovación y de creatividad que explica el vertiginoso desarrollo de la especie humana en el mundo, su voluntad de darse a causas que superan sus propios límites corporales.

3. 7. SENTIDO DE PERTENENCIA

El factor entorno, mundo circundante o ambiente es decisivo en el proceso de formación de un ser humano. Todo ser humano para poder seguir siendo requiere ser acogido, amado, cuidado y atendido. Dada su vulnerabilidad, no puede desarrollarse por sí mismo, de un modo autosuficiente. De ahí la relevancia que tiene la acogida.

Según cómo tenga lugar ésta, según la atmosfera cultural, lingüística, espiritual y social que envuelva al ser humano desde sus primeras fases de la existencia, se va a configurar la personalidad de un modo u otro. Lo dado es esencial para comprender el desarrollo evolutivo de un ser humano, y lo dado no se refiere únicamente al factor biológico, sino también al mundo circundante.

El ser humano, en tanto que ente concreto, de carne y huesos, requiere de la vida en común. Las interacciones que establece con los otros, antes incluso de nacer, son decisivas en la configuración de su personalidad.

El individuo humano aislado es una abstracción. Su existencia es existencia en un mundo, su vida es vida en común. Y estas no son relaciones externas, que se añadan a un ser que ya existe en sí mismo y por sí mismo, sino que su inclusión en un todo mayor pertenece a la estructura misma del hombre.

La identidad personal no es un todo hermético o independiente al entorno. Se edifica en profunda interacción con éste. El educando aprende por mimesis y eso significa que sus referentes son decisivos en las primeras etapas formativas.

El individuo humano está dotado de una disposición común-humana y se relaciona por naturaleza con sus semejantes, de tal manera que allá donde los hombres se encuentran juntos se inicia un entendimiento y una comunión de vida en la que crecen juntos hacia determinadas y concretas formas sociales que llamamos comunidades. Pero, sobre todo, los hombres están dotados de una disposición individual, una peculiaridad única, frente a la cual lo común del sentir, pensar y obrar, encuentra un límite.

La verdadera comunidad no conlleva la disolución del yo en el todo, sino que, precisamente, hace posible el crecimiento del yo, su pleno florecimiento. La comunidad no es una colectividad de entes idénticos, ni un sistema homogéneo articulado por seres que renuncian a su singularidad. Es un ámbito de interacción entre los distintos miembros, un espacio de crecimiento de la propia identidad. Cuando una comunidad censura la singularidad inherente del yo o del tú, cuando mutila las capacidades y la verdadera vocación de los miembros que la constituyen, se desvanece como comunidad y se convierte en un obstáculo, en una esfera hermética que causa asfixia.

3. 8. ATENCIÓN A LA DIVERSIDAD

La fidelidad histórica a unas raíces y a un ideario educativo no entra en conflicto con la atención a la diversidad ni con el respeto a las distintas formas de vida y de creer.

De hecho, uno de los valores carismáticos que derivan de la vida y la obra de Carmen Sallés es, justamente, la atención a diversidad. La congregación, presente en países de distintos continentes, es una clara expresión de esta atención, de su capacidad para aclimatarse en distintas áreas del planeta y de aportar, en cada una de ellas, el mensaje fundamental del carisma concepcionista.

La diversidad es uno de los grandes retos educativos del presente. Exige atención y respeto, capacidad para detectar las distintas singularidades personales e institucionales, pero, también, para responder con eficacia a las necesidades y posibilidades que presentan los educandos.

Desde el carisma concepcionista, queda claro que en la atención a la diversidad, se priorizarán los colectivos más vulnerables. Se puede leer en

un pensamiento de Carmen Sallés: “Nuestros desvelos deben ser por los más desamparados. Si algunos están en situación más difícil que otros, incluso si su conducta es más deficiente, a éstos hemos de proporcionar más ayuda en sus necesidades materiales y espirituales”³¹.

3. 9. SOLIDARIDAD

La solidaridad, en el carisma de Carmen Sallés es, a la vez, principio, valor y virtud social. Designa el lazo de interdependencia entre personas y pueblos. Ser solidario hacia alguien significa sentirse parte integrante del mismo Todo, designa una vinculación con los otros que trasciende las pautas del individualismo y del egoísmo propio de nuestro tipo de sociedad. En contextos de crisis, es cuando se hace más necesaria la irradiación de este valor y su integración en la vida social.

La solidaridad se construye sobre una base común, sobre el reconocimiento de un fondo idéntico: la condición de hijos de Dios. Ser solidario es sentirse estrechamente ligado a los otros, a sus sufrimientos y dolores, pero, a la vez, es promover relaciones de fraternidad entre todos los seres humanos.

Se puede leer en el *Compendio*: “*Las nuevas relaciones de interdependencia entre hombres y pueblos, que son, de hecho, formas de solidaridad, se debe transformar en relaciones encaminadas a una verdadera solidaridad ético-social, que es la exigencia moral innata en todas las relaciones humanas. La solidaridad se presenta, pues, bajo dos aspectos complementarios: el de principio social y el de virtud moral*”.³²

“*La solidaridad –se afirma en el Compendio- es también una verdadera y propia virtud moral, no un ‘sentimiento de vaga compasión o de enternecimiento superficial por los males de tantas personas, próximas o lejanas. Al contrario, es la determinación firme y perseverante de comprometerse por el bien común: es decir, por el bien de todos y cada uno, porque todos somos verdaderamente responsables de todos*”.³³

31 *Ecos del pensamiento de Carmen Sallés*, p. 129.

32 *Ibíd.*, & 193.

33 *Ibíd.*, & 193.

La solidaridad es un valor estrechamente vinculado al amor. Está estrechamente emparentado con la fraternidad, con la comprensión de los hombres como seres hermanados en la existencia. Es un valor que llama a tratar a los hombres con respeto y a velar por sus derechos, a superar el provincialismo moral y la mentalidad de tribu.

3. 10. PROFESIONALIDAD

La profesionalidad exige un doble nivel de competencia: una destreza científico-técnica y, a la vez, un talante moral. Un buen profesional no sólo domina correctamente su área y es ágil y hábil para resolver los problemas relacionados con su campo competencial, sino que, además, desarrolla unas determinadas virtudes que le hacen especialmente excelente en el trato personal. La profesionalidad exige vocación, pero también experiencia y capacidad de aprender de quienes tienen más recorrido vital. Para ello, es clave generar depósitos de experiencia compartida a nivel intergeneracional, de tal modo que los educadores más jóvenes puedan aprender de los éxitos y, también, de los fracasos de los educadores más veteranos.

La profesionalidad es la garantía de la competencia y la competencia es el fundamento de la credibilidad. Cuando una comunidad educativa está integrada por profesionales competentes (tanto a nivel técnico como ético), la comunidad resultante es digna de confianza y se convierte en un polo de atracción en la sociedad en la que está ubicada.

4. Evangelizar a través de la educación

En las *Constituciones* de la congregación concepcionista se puede leer: “La misión confiada por Dios a Carmen Sallés es la evangelización, realizada fundamentalmente a través de la educación. Tiene su raíz en Cristo Redentor y Maestro”³⁴. Y se añade: “Constitutivamente la misión de las concepcionistas es apostólica: continuar la obra de Jesús Maestro, evangelizando a través de la educación de la niñez y juventud”³⁵.

El desarrollo de la evangelización en los países de raíz cristiana exige un riguroso análisis de las condiciones de posibilidad y del contexto cultural, social, político y económico. El arraigo del Evangelio en entornos altamente secularizados plantea unos retos distintos a los que supone comunicar la Buena Nueva de Cristo en entornos que desconocen radicalmente los valores de la Modernidad y el proceso de Ilustración que ha derivado de ella.

En el reto de la evangelización, todos los miembros de la Iglesia estamos implicados, estamos llamados a ser agentes activos, testigos entusiastas de la misma a través de nuestro ejemplo, de nuestra palabra y acción. Es una cuestión de corresponsabilidad que afecta a todas las instancias. En este sentido, es una tarea común en la que todas las sensibilidades eclesiales y estilos deben aunar esfuerzos para hacer visible la belleza y la verdad de Cristo en el mundo.

De entrada, resulta esencial identificar las suspicacias, incomprendiones o prejuicios que puede despertar la tesis de una nueva evangelización, tanto en el seno de la Iglesia como en el entorno social, cultural y político. Se puede interpretar como una corrección de la antigua forma de evangelizar; incluso puede ser interpretada, desde la perspectiva laica, como una forma de colonialismo espiritual o proselitismo enmascarado.

La necesidad de sentido es una constante metafísica en el ser humano. Todo ser humano, por el mero hecho de serlo, anhela vivir una existencia sentido, con significado, una vida bella, buena, verdadera y unitaria. Evangelizar es proponer la vida en Cristo, identificar un horizonte de sentido,

34 CF V a.

35 CC 56 b.

una razón por la que merezca la pena vivir, más aún, es poner la existencia en las manos de Dios.

Para que la evangelización tenga viabilidad, resulta esencial conectar empáticamente con el destinatario, identificar sus necesidades y sus anhelos de felicidad y proponer la Palabra revelada de Dios como una propuesta de sentido que transforma radicalmente la vida, la libera de sus servidumbres y la pacífica interior y exteriormente.

Evangelizar no debe interpretarse como una mera transmisión de imperativos morales, ni como una voluntad de cristianizar el universo político. La autonomía de las esferas política y religiosa es fundamental en las sociedades derivadas de la Modernidad, pero esta autonomía está llamada a tener relaciones de interdependencia y permeabilidad, de diálogo constructivo para el bien común.

Sólo puede articularse correctamente la nueva evangelización si se comprenden correctamente los nuevos escenarios sociales y culturales, si se auscultan detenidamente los signos de los tiempos y si somos capaces de entrever las condiciones de posibilidad de la misma, los intersticios y las opacidades, esto es, los pasillos que permiten conectar el emisor del evangelio con el receptor del mismo, pero también los obstáculos e interferencias que previsiblemente tendrán lugar en el proceso de la nueva evangelización.

Un dato claramente perceptible en el entorno o contexto de la evangelización es la rápida transformación que ha sufrido nuestro mundo en pocas décadas.

Un segundo dato muy relevante que se detecta en el entorno actual es la heterogeneidad de situaciones y de destinatarios, lo que significa que el proceso de evangelización debe articularse de un modo heterogéneo y diversificado, pues cada receptor exige un lenguaje y cada contexto requiere un tratamiento. Esta voluntad de encarnarse en cada situación según el lenguaje y los rasgos del destinatario forma parte de la voluntad de pedagógica y educativa de la Iglesia a lo largo de los siglos.

Esta articulación de lo esencial adaptado a cada entorno y situación exige una labor creativa, imaginativa, una capacidad de arraigo y de penetración que sólo es posible si se desarrolla la evangelización a través de comunidades creativas que se ayuden mutuamente en tal labor. No basta con la buena voluntad. No basta con las herramientas del pasado.

Los entornos culturales y tecnológicos, exigen nuevos lenguajes, nuevas estrategias que suponen audacia por parte del emisor.

El anhelo de otro mundo posible, la justa indignación, el deseo de Belleza, de Bondad, de Verdad, de Unidad, la necesidad de escapar de una vida vacía y absurda, forman parte de las aspiraciones más profundas de todos los ciudadanos, creyentes y no creyentes. La nueva evangelización exige un diálogo profundo con todos los ciudadanos, un diálogo sobre lo esencial, sobre lo que verdaderamente importa.

Es fundamental, pues, conectar con esta búsqueda de sentido y de belleza, de justicia y de paz, pues esta búsqueda es ya un preámbulo de la fe, un punto de partida de la misma. Todavía no es la fe, pero en tal búsqueda hay un indicio de fe, un esbozo, una predisposición a escuchar. En este sentido, la crisis global que padecemos, la deconstrucción de las últimas ideologías es un punto de partida que prepara el terreno para una nueva escucha.

Así lo expresa Benedicto XVI: “No podemos olvidar que muchas personas en nuestro contexto cultural, aún no reconociendo en ellos el don de la fe, buscan con sinceridad el sentido último y la verdad definitiva de su existencia y del mundo. Esta búsqueda es un auténtico ‘preámbulo’ de la fe, porque lleva a las personas por el camino que conduce al misterio de Dios”³⁶.

Para poder sembrar la semilla de la fe, es fundamental preparar el terreno, moverlo para que pueda acogerla en su seno, pueda arraigar y, finalmente, crecer y ganar altura. Preparar la tierra es la condición de posibilidad. Si la semilla es muy bella y muy potente, pero se vierte en una superficie impermeable, estéril, seca y pedregosa, no subsistirá y todo su potencial se perderá.

La evangelización requiere de un delicado cuidado de los *preambula fidei*, una interpretación de la sed espiritual que emerge en tantos sectores, de la nostalgia de Dios que hay en todo ser humano, del deseo de vivir una vida noble y con sentido, de hallar una razón por la cual merezca la pena darlo todo.

Escribe Benedicto XVI: “Los creyentes también debemos llevar en nuestro corazón a las personas que se consideran agnósticas o ateas. Cuan-

³⁶ *Porta fidei*, 10.

do hablamos de una nueva evangelización, quizás estas personas se asustan. No quieren verse convertidas en objeto de misión, ni renunciar a su libertad de pensamiento y de voluntad (...) Tenemos que preocuparnos de que el hombre no arrincone la cuestión de Dios, cuestión esencial de su existencia. Tenemos que preocuparnos de que acepte la cuestión y la nostalgia que en ella se esconde”³⁷

Proponer a Cristo en el mundo significa superar la tendencia a la privacidad, dar testimonio de Él en la vida pública, pero de tal modo, que este testimonio se ha presentado como un horizonte creíble y razonable, una propuesta que libera y pacífica; un acontecimiento que transforma positivamente a la persona y a las comunidad.

Evangelizar es, al fin y al cabo, propiciar este encuentro, suscitarlo, crear las condiciones para que tenga lugar. El encuentro no depende, en último término, del cristiano, pero puede propiciarlo y sugerirlo con palabras y gestos, con su propia experiencia.

³⁷ *Discurso de Benedicto XVI a la curia romana para el intercambio de felicitaciones con ocasión de la navidad, 21.XII. 2009.*

5. Buenas prácticas educativas

La traducción de los valores carismáticos concepcionistas en buenas prácticas educativas, exige la atención a tres figuras fundamentales: los educandos, los educadores y los tutores.

5. 1. EDUCANDOS

El educando no es un contenedor, no está ahí para poder liberar eso que oprime y preocupa al maestro. La acción educativa es comunicación, salida de sí, pero, simultáneamente, contención, autodominio y responsabilidad. No es un pretexto para liberar emociones tóxicas que fluyen por la interioridad. El educando es un receptáculo para llenarlo de conocimientos fútiles y estériles, completamente irrelevantes para su construcción como ser humano.

Muy a menudo el educando es tratado como un recipiente a quien se le vierten todo tipo de elementos nocivos como resentimientos, miedos, temores, indignaciones, celos, envidias, o bien una retahíla de anécdotas biográficas medio inventadas o, simplemente, leyendas urbanas. El aula no es un pretexto para contar la propia vida, para dar a conocer anécdotas de todo tipo, para expresar opiniones y visiones subjetivas de carácter político o religioso, para intoxicar a los alumnos con la propia ideología; pero tampoco puede ser un lugar sin rostro.

Al maestro se le supone voluntad de comunicar lo que es, lo que sabe, lo que cree, lo que conoce, pero el aula no es un vertedero emocional ni mental. De ahí la necesidad que el maestro discierna, en cada momento y contexto, lo que debe y puede comunicar, que piense en lo esencial, en lo que verdaderamente tiene que dar a conocer, pensando siempre en el bien del alumno, en su desarrollo integral, en su perfeccionamiento como ser humano.

El maestro es un ser humano y no un puro transmisor de conocimientos; es un ser que tiene que discernir qué es lo que debe comunicar pensando en el bien de sus alumnos. Tiene que prestar atención, pues, a sus emociones tóxicas, también debe estar muy despierto y atento a los prejuicios, tópicos y estereotipos negativos enquistados en su alma.

El maestro existe como tal cuando siente el persistente anhelo de comunicar lo que ha aprendido, cuando percibe la ilusión de darse, de entregarse, una ilusión que se nutre al constatar que gracias a esta donación el educando crece en profundidad y en amplitud, crece como ser humano. La voluntad de comunicar se alimenta al ver sus frutos, al ver cómo cambia el alumno, cómo se transforma su ser y se desarrolla.

Al maestro se le supone otra cualidad, tan valiosa como la voluntad de comunicar, la capacidad para hacerlo. No se nace capacitado para todo. Se nace con algunos talentos, a veces, muy secretamente ocultos. En la medida en que uno se va conociendo a sí mismo, descubre lo que puede dar a los demás.

El vínculo educativo exige, por parte del maestro, voluntad y capacidad de comunicar, siempre de un modo adaptado, teniendo en cuenta donde está el educando, cuál es su lenguaje y su mundo, pero exige, además, por parte del educando, el otro polo del proceso educativo, dos elementos simétricos: la voluntad de aprender y la capacidad para ello.

En efecto, al educando se le supone voluntad de aprender, curiosidad intelectual, sed de conocimientos. En ocasiones, el maestro constata que esta voluntad no existe o que está muy apagada. Sale al aula, empieza a explicar lo que ha aprendido, pero constata, con tristeza, que pocos prestan interés, que una gran parte de ellos no siente la más mínima curiosidad por el tema que se está tratando. En tal caso, se plantea una tarea preliminar: despertar la voluntad de aprender, suscitar el deseo de saber.

El educando empieza existir como tal cuando siente el deseo de aprender. Una cosa es estar en un aula sentado, quieto, ocupando un espacio y un tiempo y otra cosa, muy distinta, es experimentar el deseo de saber. Al maestro se le supone capacidad para despertarlo o para avivarlo, pues ésta es una de sus funciones primordiales. No se trata, pues, de responder al afán de conocimientos con una masa aplastante de conocimientos; se trata de dar los suficientes elementos para despertar o avivar el deseo de seguir conociendo.

Si el educando experimenta tal deseo, se acercará espontáneamente a las fuentes del conocimiento para saciar su sed, para aprender más, pero si carece de tal deseo, aprenderá lo que corresponda para superar el nivel previsto, simplemente porque se le exigen sus padres, el Estado, el sistema. La tarea esencial del maestro consiste en despertar tal deseo o avivarlo, pero ello no es fácil.

Para conseguir tal objetivo, el método socrático es muy adecuado. El alumno debe darse cuenta, en primer lugar, que no sabe, debe ser consciente de su carencia de saberes. Sólo la experiencia de la carencia mueve a satisfacer el deseo. El maestro debe mostrarle su ignorancia, debe ayudarle a tomar conciencia que no sabe, pero sin humillarle, sin ofenderle; más bien todo lo contrario, tiene que mostrarle que puede conocerlo, que el saber está ahí para todos, que no pertenece a un grupo cerrado.

Es fundamental tomar nota de las dos condiciones, porque ambas son inexcusables. El educando debe darse cuenta que no sabe, pero si lo que no sabe es irrelevante, completamente extraño a su vida y a su futuro personal y profesional, igualmente no va a experimentar ningún deseo de conocer lo que ignora.

El maestro debe mostrarle, en primer lugar, que hay un universo que ignora y, segundo lugar, que eso que ignora no es irrelevante para el desarrollo de su vida, de su crecimiento individual como persona y como profesional. Es muy probable que el educando no entienda el sentido de determinados conocimientos, que no vea su utilidad, su razón de ser, lo que aportan a su desarrollo integral, pero el maestro debe buscar razones, justificaciones para que el alumno vea lo que todavía no puede ver.

Al educando se le supone, además de la voluntad de saber, capacidad para ello. No todos los alumnos poseen la misma capacidad para el aprendizaje, como no todos los maestros están igualmente facultados para enseñar. La atención a la diversidad no constituye ninguna novedad. Es una exigencia en el aula.

5. 2. EDUCADORES

Educador es un ser humano al que se le suponen dos cualidades básicas e ineludibles, a saber, la voluntad de comunicar lo aprendido, lo vivido, lo sufrido y lo gozado; pero, también, requiere de otra, tan relevante como aquélla; la capacidad de comunicar, de transmitir lo aprendido de un modo adecuado, teniendo en cuenta la capacidad receptiva del educando, sus lenguajes, su contexto, su circunstancia, en definitiva, su nivel de comprensión.

La voluntad de comunicar se le supone al educador, como el valor al soldado. Si no posee esta voluntad, si no siente el anhelo, el deseo de

transmitir lo poco o mucho que sabe, no hay acto educativo posible, no hay vínculo pedagógico, tampoco existe un ser humano que pueda denominarse maestro.

Tener voluntad de comunicar no significa que haya pericia para transmitir. Cuando estamos en un país asiático, tenemos voluntad de comunicarnos, pero no dominamos la lengua vehicular, con lo cual el proceso comunicativo queda muy mermado.

La voluntad es el motor, la fuerza que impela a mejorar, a salir día tras día al aula para vaciarse, para entregarse, para donar ese bien intangible que son los conocimientos, la experiencia atesorada a lo largo de la vida.

Al maestro se le supone la voluntad de comunicar. Puede que uno atesore conocimientos, que posea una gran erudición, pero puede que no sienta la necesidad de comunicarlos. La voluntad de comunicar es la condición básica e ineludible para que un ser humano pueda convertirse en educador. Debería estar presente en todos los candidatos a tal profesión, pero también debería estar presente durante toda su vida profesional.

La voluntad de comunicar es el anhelo de hacer partícipe al educando del conocimiento de la realidad. Es un acto de donación, un proceso de civilización. En la medida en que el maestro comunica lo aprendido, aprende a comunicarlo mejor. No pierde lo que sabe, lo gana, lo conoce mejor, adquiere más habilidades.

No se nace educador. El educador se hace, se construye en la medida en que comunica, una y otra vez, lo aprendido, pero, en cada repetición, incluye aspectos nuevos, incorpora elementos que desconocía, de tal modo que la repetición no es una simple reiteración de lo mismo, ni un círculo vicioso que da vueltas sobre sí mismo de un modo inquebrantable.

Existe una disposición natural para el ejercicio del magisterio, unas condiciones latentes en la persona que ella misma puede vislumbrar en las primeras etapas de la vida. Hay personas que, siendo niñas, sienten ya el deseo de comunicar a otros lo que saben, de ayudar a los demás a conocer lo que ignoran. Gozan con ello. No lo hacen para exhibir sus conocimientos ni para humillar a sus interlocutores, sino el placer intelectual de transmitir conocimiento, de crear una comunidad de aprendizaje. Estas condiciones connaturales, debidamente labradas y curtidas por el tiempo, pueden dar, como fruto final, a un buen maestro.

En cada repetición, el educador incorpora nuevos aprendizajes que ha hecho a lo largo de su vida. La repetición no tiene porqué ser una cansina reiteración de lo mismo, un tedioso movimiento sin escapatoria. Todo lo contrario; puede ser la ocasión para mejorar, para incorporar lo nuevo, para aprender de los errores del pasado, para fortalecer la propia vocación, para ganar seguridad y reconciliarse con el pasado.

Los educadores, cuando salimos al aula, contamos lo mismo, pero no lo contamos del *mismo modo*. No somos máquinas, ni objetos programados que se mueven de aula en aula, mecánicamente, como artefactos tecnológicos que dispensan conocimientos. Somos seres humanos que contamos lo que hemos aprendido, lo que nos han contado antes a nosotros y, al hacerlo de nuevo, crece nuestro potencial de comunicar.

Comunicar es salir de sí mismo sin dejar de ser uno mismo. Salir significa trascender los límites del yo para alcanzar al otro, abrirse a los demás. Es una forma de vaciamiento, de olvido del ego, pero el maestro, en la medida en que enseña, no deja de ser quién es sino todo lo contrario.

Comunicar consiste en exteriorizar, en liberar lo aprendido, en dar a conocer lo que se ha asumido lentamente. Es una práctica de vaciamiento. Este acto comunicativo exige, en cualquier caso, contención, dominio de sí, cautela y prudencia. El centro de referencia debe ser el alumno, pues no se trata verter cualquier contenido al exterior, ni de vaciar cualquier emoción.

5. 3. TUTORES

Con frecuencia, el tutor actúa como un asesor en todos los terrenos de la vida humana. El educando vacía en él sus problemas de orden afectivo, familiar, académico, social y económico; encuentra en la figura del tutor a un cómplice, a una voz amiga, a alguien que le escucha y que le asesora desde la distancia. Este vínculo es fundamental, a veces es más profundo y consistente que el que mantiene con sus propios padres.

El ejercicio tutorial es óptimo para llevar a cabo la función de educar para la autodeterminación. En primer lugar, por la confidencialidad, por la relación bilateral y privada que se establece entre el tutor y el educando. Muchos educandos se enfrentan a decisiones de carácter privado que no

desean compartir con sus padres, que incluso quieren ocultárselas, tampoco desean compartirlas con sus amigos, pero que, si existe un vínculo de complicidad y de respeto, desean dar a conocer al tutor. Ésta es una ocasión especialmente óptima para enseñar a tomar decisiones de un modo responsable, pero la responsabilidad del tutor es máxima en este proceso.

En la actualidad, muchos adolescentes que deben tomar decisiones trascendentales en relación a su salud sexual, a su vida académica, a su universo afectivo, a sus hábitos de consumo, sólo tienen como interlocutores a personas de su misma generación.

Establecen relaciones en la red y formulan consultas de todo tipo en ella, pero no se produce el contacto con la generación adulta, con lo cual se pierde visión y perspectiva en la toma de decisiones. El diálogo con el tutor que, en muchos casos, coincide con el maestro, representa un choque de perspectivas y de puntos de vida, una confrontación intergeneracional, que, por un lado, conlleva cierta violencia y tensión, pero, por otro, ensancha nuevos horizontes tanto al adulto como al adolescente.

En la toma de decisiones es fundamental vencer el *círculo vicioso de los monólogos*. Dicho de otro modo, es necesario utilizar como herramienta el diálogo, la confrontación de ideas y de opciones con otro ser humano que le merezca a uno confianza no sólo por su discreción (guardará silencio), sino por su seriedad y profundidad.

El tutor juega un rol decisivo en este proceso, pues, si ejerce correctamente su tarea, ayuda, en primer lugar, al alumno a elaborar el árbol de decisiones, a visualizar las posibilidades que tiene a su alcance, las ramas por las que puede trepar. Frente a la misma situación, tutor y alumno no siempre perciben el mismo árbol. Puede ser que el educando vea sólo tres alternativas, pero que el tutor vea cinco. De este modo, se amplía el abanico de las opciones, lo cual representa un respiro para el alumno, pero también una mayor responsabilidad a la hora de decidir.

La segunda tarea es la deliberar, distinguir, discernir o sopesar. Este proceso gana en calidad y en profundidad cuando se ejerce en diálogo con otro ser humano y si puede ser de otra generación, pero ello requiere confianza y confidencialidad. El tutor debe ayudar a entrever las consecuencias de las decisiones para el educando antes de tomarlas. Su finalidad no consiste en dirigir al educando, menos aún, en trazarle el camino que debe

seguir. Debe informarle y deliberar con él los pros y los contras de cada opción.

En esta tarea, debe pensar siempre en todo momento en el bien del alumno, en lo que le conviene más a él y en sus posibilidades reales. La ejecución de la decisión no depende del tutor; es obra del educando, pero el diálogo previo puede ser determinante. Esta actividad es especialmente necesaria en el discernimiento de la propia vocación y del itinerario formativo a seguir.

6. Funciones directivas

6. 1. EL VALOR DE LA COHERENCIA

La coherencia institucional puede entenderse como un juego de pesos cuya validez se sustenta en la aceptación y el cumplimiento de los valores carismáticos que impulsan una organización.

Las estrategias directivas, los proyectos y programas a desarrollar en el seno de una organización tienen que reflejar transparentemente el sistema de valores que la define para poder considerarse una organización coherente. Ello afecta, naturalmente, a los principales ejecutores de tales programas, pero también, en distinto grado de responsabilidad, a quienes los hacen posibles.

La coherencia solamente será posible cuando el directivo sea capaz de ponderar la distancia entre la visión particular de la organización y los procesos operativos que se dan efectivamente en ella. Toda organización, como suma de posibilidades, responde a la intención de aquellos que la gobiernan en la medida en que sus activos así se lo permiten y en ello radica su último valor, la posibilidad de ser reconocida en su manera de ser.

El atenerse a ciertos valores, comunicarlos y defender con ello una manera de trabajar no es algo que deba esconderse. No existen las acciones indiferentes. Toda estrategia puede ser considerada desde un punto de vista ético. Esto significa que responde a ciertos valores y la ocultación de éstos solo debe hacernos desconfiar. El diseño organizativo, cada vez más, depende de la capacidad para dejar claro aquello que se defiende en el ejercicio de la coherencia entre lo que se dice y lo que se hace ante lo que uno se encuentra.

El modo cómo se resuelve la tensión entre el ideario y la realidad del mercado expresa el grado de coherencia de una organización. Los valores institucionales no se manifiestan en el plano teórico, sino a través de situaciones de vida.

La confrontación con la realidad es una ocasión para evaluar la hondura de los valores de una organización. También ocurre lo mismo en el plano personal. El modo de reaccionar a una eventual situación de crisis pone de relieve los verdaderos recursos y valores de una persona. En este

sentido, la crisis económica y financiera que estamos sufriendo puede ser una prueba de fuego para las organizaciones, especialmente para las más frágiles. Sólo las que tengan suficiente capacidad de negociación con la realidad y fidelidad a los propios valores sobrevivirán al impacto de tal crisis.

El valor de la coherencia exige una transparencia entre la imagen exterior de la organización, esto es, la que se proyecta hacia fuera y la realidad interna. Se considera una incoherencia mostrar un sistema de valores que no son operativos en el seno de la organización.

El valor coherencia exige transparencia entre la imagen corporativa y realidad interna de la organización. Se debe recordar, además, que cuando el valor proyectado en la imagen pública se vulnera reiteradamente, la organización pierde toda credibilidad y el potencial consumidor ya no presta atención a sus mensajes publicitarios futuros. Resulta mucho más eficaz preservar la neutralidad, que apostar nominalmente por un cuerpo de valores y, posteriormente, no hacerlos efectivos.

6. 2. LIDERAR ES SERVIR

El Papa Francisco ha insistido mucho en la coherencia como elemento básico para el ejercicio del liderazgo. Solamente quien es coherente es digno de credibilidad y puede exigir a los demás unas actitudes honestas y conforme a los valores de la comunidad. Liderar es, en esencia, servir.

En la actualidad, vivimos una sed social de liderazgos auténticos. La emergencia de nuevos liderazgos políticos en la escena europea da que pensar. Figuras que eran desconocidas en la vida pública se han convertido en modelos de referencia para muchos ciudadanos, jóvenes en especial. No nos referimos solamente a liderazgos de izquierdas, también de la derecha. Esta emergencia sorprende y preocupa a los políticos tradicionales, porque observan cómo la ciudadanía desea otro discurso, otra forma de hacer, en definitiva, una renovación del pesebre viviente.

Al preguntar a las personas que optan para dar apoyo a estas nuevas formas de liderazgo social y político, la respuesta es prácticamente unánime: ven en ellas autenticidad, coherencia, congruencia entre el personaje y el discurso, entre la puesta en escena y la palabra dicha. Este valor, la

autenticidad, es especialmente valorado por las generaciones más jóvenes. No toleran el trapicheo, la falsedad, el engaño. En estas nuevas figuras emergentes ven aire fresco, una cierta complicidad generacional, y sobre todo, un recambio a la vieja y deteriorada clase política que asocian directamente con la corrupción, la opacidad y la mala gestión.

La autenticidad solo se puede verificar con los hechos. Las palabras pueden deslumbrar, también las entrevistas televisivas y la sutileza de un tuit, pero solamente a través de los hechos se puede verificar si el emisor es auténtico, si existe una voluntad de transformación. Por el momento, hay que dar un tiempo de exploración y un voto de confianza. Es demasiado pronto para hacer juicios precipitados.

6. 3. ENTORNOS DE TRANSFORMACIÓN

Para aplicar los valores carismáticos en nuestro contexto, resulta esencial comprender que nos hallamos en un contexto caracterizado por la transformación de los entornos.

La primera transformación es la revolución digital. Esta exige la capacidad para utilizar adecuadamente los nuevos recursos tecnológicos, trascender la tecnofobia y la tecnolatría y poner todo el instrumental al servicio del pleno desarrollo de la persona del educando (tanto desde el punto de vista físico, como psicológico, social y espiritual). Ello requiere una nueva mirada en el modo de intervenir por parte del educador, en el modo de gestionar y liderar las comunidades educativas.

La segunda transformación tiene que ver con la acogida y el desarrollo del talento de los educandos. Frente a ello, es básico articular una verdadera atención a la diversidad (valor carismático) y tener flexibilidad de los programas y adaptación a las capacidades del educando. La atención al talento individual de cada educando exige el desarrollo por proyectos y la apuesta por una educación de la excelencia. También implica ayudar al educando a pensar, planificar y desarrollar su proyecto vital.

La tercera transformación es la internacionalización que exige la asunción de la lengua inglesa como una de las lenguas vehiculares de la transmisión del conocimiento. Para activar una verdadera internacionalización es clave facilitar la relación con otras comunidades educativas de Europa y del

conjunto del mundo, superar la mirada provinciana y desarrollar un punto de vista cosmopolita. El objetivo final es construir ciudadanos para la aldea global con capacidad para aportar su talento en cualquier lugar del planeta.

La cuarta transformación tiene que ver con el liderazgo. Se necesita formar a líderes de las comunidades educativas para afrontar debidamente la complejidad del escenario de futuro y la competitividad en un marco de reducción drástica de la natalidad. Ello exige líderes éticos y eficientes, con capacidad de visión, también para tomar decisiones difíciles y desarrollar mecanismos de participación y de cohesión de todos los actores de la comunidad.

Esta situación es especialmente delicada en los ámbitos educativos de carácter confesional. Se necesitarán líderes seculares (dada la penuria de la vocaciones religiosas) con capacidad para asumir el carisma espiritual de la congregación o la orden y, además, para poder irradiarlo al conjunto de la comunidad.

La quinta transformación se manifiesta en la pluralidad emergente en las aulas y en los claustros: Emerge un horizonte de pluralidad étnica, lingüística, religiosa, social y cultural en las aulas y en los claustros. La gestión de esta pluralidad no es fácil. Se requieren órganos de deliberación ética para llegar a consensos respecto a los mínimos éticos exigidos y modelos de toma de decisión frente a dilemas éticos que se plantearán en la vida educativa. Estos órganos pueden inspirarse, en parte, en los Comités de Ética Asistencial (CEA's) o en los Comités de Éticas de Investigación Clínica (CEIC's) del ámbito sanitario.

La sexta transformación es la progresiva secularización de las comunidades educativas: Uno de los debates más difíciles de abordar será cómo establecer puentes entre el ideario espiritual de Carmen Sallés y la realidad social y religiosa del entorno cultural en el que se ubican.

El contraste entre la visión, misión y valores de la organización y el entorno puede generar una brecha o puede convertir la comunidad educativa en una entidad hermética, anacrónica y ajena a lo nuevo. La síntesis creativa entre lo propio y lo exógeno, entre la fidelidad a la historia y la atención a los nuevos signos de los tiempos será decisiva para afrontar correctamente el futuro.

C. BERNAL, *Ecós del pensamiento de Carmen Sallés*, Concepcionistas Misioneras de la Enseñanza, Madrid, 2000.

M. ASUNCIÓN VALLS, *Carmen Sallés, mujer de ayer y de hoy*, Religiosas Concepcionistas Misiones de la Enseñanza, Madrid, 1986.

IDEM, *La voz de nuestra historia*, vols. I-II, Concepcionistas Misioneras de la Enseñanza, Madrid, 2002-2003.

IDEM, *La educación en el Proyecto Concepcionista de Carmen Sallés*, Concepcionistas Misioneras de la Enseñanza, Madrid, 2012.

En el Libro "Cuando las raíces son alas" el autor nos expone que "Rememorar la historia y las raíces del carisma de Carmen Sallés es esencial para proyectarlo creativamente en el siglo XXI.

Las raíces sostienen al árbol y le nutren. Las alas permiten al pájaro emprender el vuelo y desde lo alto divisa una gran extensión de territorio. En este libro hemos tratado de ahondar en el carisma espiritual de Carmen Sallés y nos hemos dado cuenta, al estudiarlo, que los valores que alimentan este carisma son fermentos de futuro, alas para las instituciones que se alimentan de su carisma.

El mundo ha cambiado, especialmente la esfera educativa. Se han transformado los educadores, los escenarios, los educandos, los sistemas y los entornos educativos, pero la espiritualidad de Carmen Sallés, debidamente traducida en los contextos presentes, es una potente fuerza motriz que crea nuevos horizontes. Las instituciones educativas que se inspiran en su carisma disponen de unas raíces que, a su vez, son alas que permiten elevarse hasta lo más alto. He aquí el sentido y la razón de ser de este libro".



Concepcionistas Misioneras de la Enseñanza

c/ Sánchez Guerrero, 18
28043 Madrid

www.concepcionistas.com